



FIN



Diario informativo cultural, proyecto conjunto de elaleph.com y Taller de Corte & Corrección

Anuario 2025





FIN



Diario informativo cultural, proyecto conjunto de elaleph.com y Taller de Corte & Corrección

Como cierre del año, les presentamos en este documento todos los textos publicados en Fin durante 2025. Así, quienes gusten de leerlos (o releerlos) pueden disponer de ellos sin necesidad de rebuscar en el sitio.

Este compilado es también una forma de agradecer a todos los escritores que participaron con sus textos en nuestro periódico.

Les deseamos un 2026 pletórico de lecturas y escrituras.

¡Felices vacaciones! Nos vemos en febrero.

Las editoras



Índice

Escuchar música: un acto olvidado _____	6
MANUEL AYES CALLEJAS	
Los brillos de la savia profunda _____	10
JAIME GARCÍA	
El vendedor de almas _____	16
SANDRA RODRÍGUEZ	
Quién es quién en el TCyC: Mario Zegarra _____	20
Nosferatu: la esencia del terror _____	23
AGUSTÍN DEL VECCHIO	
El Pal'jondo _____	28
FRANCO SCHIAVONI	
Amoroso amasijo de letras _____	36
SUSANA LUISA ANAHÍ VIDAL	
Tres tipos de personas frente a la lengua _____	41
MANUEL AYES CALLEJAS	
Rebaño _____	46
GABRIELA DI GIÁCOMO	
Fantasmas en la nieve _____	49
JAVIER RODRÍGUEZ	



Maupassant, una vida _____	55
OCTAVIO HERNÁNDEZ	
La tecnología al servicio del escritor _____	60
RUBÉN MARTÍNEZ	
La cuchara de plata _____	65
DIEGO LUZURIAGA	
A pura dentellada _____	70
KARINA COHEN	
Breve semblanza de nuestro fundador _____	75
Apología del expolio _____	78
SANTIAGO MAQUEDA	
Herederos _____	81
GANDY CRUZ	
Margarite Yourcenar o cómo manipular el tiempo _____	88
BERENICE B. NAVARRO	
Feliz vuelta a La Feliz _____	95
ANALÍA PINTO	
Quién es quién en el TCyC: Ana Luz Arrieta _____	100
El fin de todo lo que no permanece _____	103
MARIO ZEGARRA	



FIN



Diario informativo cultural, proyecto conjunto de elaleph.com y Taller de Corte & Corrección

El hecho de sangre _____ 112
SUSANA LIRES

Un canto como torre. Apuntes sobre Antonio Esteban
Agüero _____ 115
SANTIAGO MAQUEDA



Escuchar música: un acto olvidado

por MANUEL AYES CALLEJAS *

Al cierre de un conversatorio sobre literatura en el paraninfo Ramón Oquellí de la Universidad Pedagógica Nacional Francisco Morazán, el tema giró hacia la música. Terminé contándoles a los estudiantes cómo se entendía y se sentía el *lenguaje universal* en mi época —según mi experiencia y la de mi círculo, claro—, aunque la diferencia de edad con los presentes no alcanzara las décadas.

—Cuando yo era adolescente —les dije—, regresaba del cole, me encerraba en mi cuarto, conectaba mi grabadora RCA, reproducía *Thick As a Brick* de Jethro Tull, me acostaba en la cama, cerraba los ojos y escuchaba todo el álbum.



Un estudiante levantó la mano:
—¿Y qué hacía?
—¿Cómo así que qué hacía?
—Sí, ¿qué hacía mientras escuchaba música?

—Eso: escuchaba la música.

Me plantó un letal ceño fruncido, con una expresión embobada. Realmente se notó que no me entendió.

Horas más tarde, mientras manejaba de regreso, reflexioné sobre ese momento: hoy la música no es más que una excusa para escapar de la insoportable monotonía del silencio. Hemos olvidado cómo estar callados. Le tememos, porque en ese vacío emergen los pensamientos, resurgen memorias que, dependiendo del día, pueden ser un refugio o una condena. El silencio nos



obliga a enfrentarnos con ese yo del que todos, de una forma u otra, parecen estar siempre huyendo.

Ahora la música está en todas partes: acompaña sus tareas, los libros que leen, el almuerzo y hasta los momentos antes de dormir, cuando el cuarto ya está a oscuras. Incluso hay quienes usan audífonos mientras manejan, como si no les bastara con el ruido del mundo exterior. En ocasiones se pierde hasta el respeto por el entorno. Es difícil comprender por qué algunos optan por imponer su música en medio de la Naturaleza en lugar de guardar silencio y dejarse envolver por sus sonidos. Pero, paradójicamente, la música nunca está en el centro. Es un ruido de fondo que llena el vacío. Un sonido que, más que escucharse, se consume.

La música es mucho más que un escape. Es un arte que, como la literatura, exige concentración para aprovecharla al máximo. Cada timbre, cada ritmo, cada armonía, cada frase melódica y cada textura cuentan. Esas obras conceptuales —como *Dark Side of the Moon*, de Pink Floyd, si hablamos de rock, o el *Concierto para piano N.º 1*, de Tchaicovski, si hablamos de música exacta— no son solo discos: son relatos, universos enteros que te llevan de principio a fin por una narrativa sonora. No estoy diciendo que no se pueda disfrutar de las canciones de forma individual, pero el verdadero goce está en recorrer el álbum completo, entender cómo cada pieza encaja en el todo.

Hoy dejamos que la música sea solo eso: fondo. Perdemos su profundidad. Nos resignamos a escucharla a medias mientras llenamos nuestras vidas con el ruido y las tareas cotidianas, como si el silencio fuera un lujo inalcanzable o, mejor dicho, una ausencia que no sabemos cómo llenar. Por supuesto, todos usamos la música de fondo a veces. Es inevitable y, hasta cierto punto, normal. Pero la diferencia hoy es que esa práctica se ha vuelto la regla, no la excepción. Vivimos inmersos en un ruido constante que no nos da tregua. Y, sin embargo,





dedicarle unos minutos a la música por la música —sin más compañía que nuestros oídos atentos— puede ser una experiencia transformadora.

Pero aquí está el verdadero problema: no solo hemos olvidado su profundidad, sino que, en nuestra búsqueda constante de evasión, hemos llegado a trivializarla. La usamos como anestésico, incluso cuando resulta completamente inapropiada. No sé cómo alguien puede hacer una tarea de ciencias con reguetón de fondo, con esas letras que destilan vulgaridad y se articulan con un lambdacismo que revuelve el estómago.

El silencio, en cambio, se erige como su antítesis. Nos permite la creación, la introspección, la claridad mental. Según el informe de Microsoft Canadá de 2015, titulado *Attention Spans*, la capacidad de concentración humana se ha reducido de doce segundos en el año 2000 a apenas ocho segundos hoy. Todo por esa hiperconexión ruidosa en la que vivimos. Basta con imaginarse cómo se habrá reducido en estos diez años, con la aparición de TikTok.

Y es importante aclarar que el silencio no es solo un espacio para pensar, sino una necesidad. No podemos vivir escuchando música de forma constante, porque hasta la experiencia más sublime pierde su valor cuando se convierte en rutina. Debe haber momentos en los que decidamos no permitirnos la música, no como un acto de privación, sino como una forma de equilibrar nuestras vidas y reconectar con lo que somos sin estímulos externos. Es en esos espacios donde el silencio no se siente como una ausencia, sino como una presencia que nos invita a respirar, a reflexionar y a simplemente *ser*.

Volviendo a la música, hay que aprovechar la posibilidad de detenernos, de escucharla con atención, no solo para oírla, sino para entenderla. Escuchar para sentir. Escuchar como un acto consciente, casi subversivo, en un mundo que sólo grita. Porque respetar el arte, como merece la buena música, es también respetarnos a nosotros mismos. Dedicarnos esos minutos de exclusividad y silencio que, lejos de ser un lujo, deberían ser nuestra prioridad. Tal vez entonces podríamos recordar lo que significa vivir, y no solo existir entre el ruido.

Si tuviera la oportunidad de volver en el tiempo a esa aula, añadiría una reflexión que no compartí en ese momento. Les diría que escuchar música no es solo algo que se hace, sino algo que nos construye. Que en ese acto



de cerrar los ojos y sumergirse en un álbum entero, no solo se entiende la música, sino también a uno mismo. Se crece y se disfruta más. Es posible que no todos lo hubieran entendido, pero al menos habría plantado una idea: que la música no es un simple acompañante de fondo, sino un arte que, si se escucha de verdad, puede cambiar quiénes somos.

Tegucigalpa, a 24 de enero del 2025



* MANUEL AYES CALLEJAS (4 de agosto de 1990) es un escritor hondureño nacido en San José, Costa Rica. En 2014 ganó el Concurso Literario Nacional «Lira de Oro» Olimpia Varela y Varela. En 2017 publicó *Infortunios*, su primer libro de cuentos, como ganador en la Primera Convocatoria para publicaciones del Sistema Editorial Universitario, de la Universidad Pedagógica Nacional Francisco Morazán. En ese mismo año participó en el

Taller de Creación Literaria impartido por el premio Cervantes Sergio Ramírez en Masatepe, Nicaragua. Ha sido publicado en varias antologías a nivel nacional e internacional, y también obtuvo menciones honoríficas en concursos en España (por ejemplo, en el Concurso «Letras como Espadas»). En 2021 ganó el primer lugar en el concurso de los Juegos Florales de Santa Rosa de Copán.

Imágenes

- «El grito de Munch, con cascos», de SEAN MACKAOUI
- «Ruido-señal», de FLORENCIA KETTNER

Artículo publicado en [Fin](#) el 10 de febrero de 2025



FIN



Diario informativo cultural, proyecto conjunto de elaleph.com y Taller de Corte & Corrección

Los brillos de la savia profunda

por JAIME GARCÍA *

Amazonia

Vibra la vida en ondas de añil
fulgura la floresta con alboradas prístinas.
Las aves fecundan la tibieza
del ensordecedor murmullo matinal
y estallan los brillos de la savia profunda,
tersa de mansos bramidos
húmeda de oscuras nubes
penetrante de sueños verdes.

Pero
la sombra acechante
de falanges incitadas al desborde
muta la escena
enhebra su impudicia
con obscena ambición
y los gritos ahogados en la furia
sucumben al trepidar
gigantes de pavor.

Ahogada por la inercia del humo
la vida se repliega.



FIN



Diario informativo cultural, proyecto conjunto de elaleph.com y Taller de Corte & Corrección



Aguas y amores verdes

Flor que vivís con las aguas
que con tus brillos
me iluminás
con tus sombras

Pájaro que volás sobre esas aguas
que con tus colores
me encendés
con tus reflejos

Musguito que vivís en esas aguas
que con tus esencias
me coloreás
con tus verdes

Agua que encerrás esa vida
que con tu calor
la engendrás y me la entregás
con tu substancia



Amores que nacen en las aguas
que a sus murmullos
seducido sucumbo
a sus misterios

Vida y amores tan verdes
que nacen tan sutiles
mueren
seducen
renacen



Según el mapa, acá debería haber otra cosa

La noche envuelve un silencio ajeno
y yo
perdido en el mapa de tu cuerpo
busco un norte para mi sueño
pero sucumbo al recuerdo
y azorado
me desoriento



Madera entre mar y cielo

(archipiélago chilota)

*Tanta madera puedo conseguir
para templar mi sosiego
Tanto mar puedo cruzar
para alentar mi eternidad
Tanto cielo puedo ver
para acercarme a tu memoria*

Con unos pocos maderos
se construye una cruz
que encuentra al cielo
o se arma un Caleuche
para atravesar los mares

Quiero escribirte
mañana chilota
de algas y mariscos
recorriendo tu arquitectura
de madera y de silencios
andando por tus islas
meciéndome en tus palafitos

*Tanta madera puedo conseguir
para templar mi sosiego
Tanto mar puedo cruzar
para alentar mi eternidad
Tanto cielo puedo ver
para acercarme a tu memoria*

En esas playas cercadas
por dulces acantilados
que aplacan la furia de ese
llamado Pacífico



mis horas evaden la tersura
de tu sombra inquieta
y la lisura de tus cabellos blancos

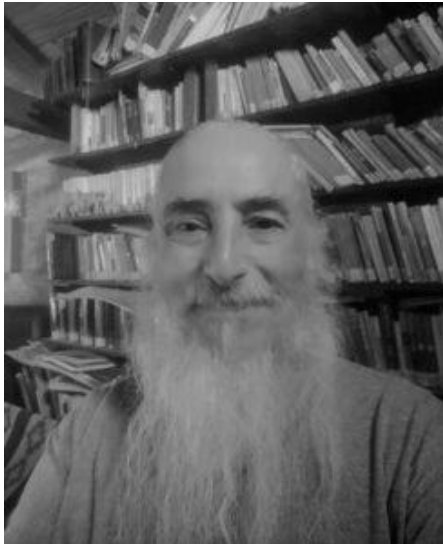
En esos santuarios de madera
me pierdo contemplando el cielo

La agonía irrumpe
en el desangre de las luctuosas factorías



Imágenes

- «Matas», imagen tomada por JAIME GARCÍA en las afueras de Manaus (Amazonia, Brasil), con una cámara analógica Nikon F2 con película de diapositivas, en marzo de 1979, recientemente digitalizada y tratada con filtros artísticos con Snapseed.
- «Aguas verdes», ilustración de IRENE MANCINO.
- «Madera en el archipiélago», imagen tomada por JAIME GARCÍA en San Juan Dalcahue (Chiloé, Chile), en febrero de 2023, con cámara Canon EOS Rebel T5.



* Nacido en la ciudad de Buenos Aires el 24 de marzo de 1954. De formación académica en Astronomía, Física y Matemática en las universidades de La Plata y CAECE (Argentina), así como en la Federal de Minas Gerais (Brasil), su título es Doctor en Matemática Aplicada, obtenido en 1981. Es fundador y actual director del Observatorio Astronómico del Instituto Copérnico, en Rama Caída (Mendoza), localidad donde reside desde 1994. Su relación con la literatura, la música y las artes plásticas es de larga data: realizó cursos formales e informales de estas disciplinas en

paralelo con sus estudios secundarios y universitarios. Si bien siempre escribió poesía y tomó fotografías, sus primeros libros publicados (en Brasil, España y Argentina) fueron técnicos, tanto ensayos como de divulgación científica. En ese ámbito, los más recientes son *Estrellas y Matemática*, y *Conociendo el cielo austral*, publicados por Editorial Kaicron en 2012 y 2014, respectivamente. En 2022, LP Editores publicó *Amalgama*, un libro de fotografías y poemas en portugués y castellano, dado que a Jaime le gusta escribir en ambas lenguas. Desde entonces ha venido realizando muestras de poemas y fotografías en espacios de arte de la provincia de Mendoza. Actualmente está en imprenta un nuevo libro de astronomía para todo público, titulado *Portal al Universo*. Desde agosto de 2024 participa del Taller de Poesía, dictado por la poeta Analía Pinto, en el marco del Taller de Corte y Corrección.

Poemas publicados en [Fin](#) el 25 de febrero de 2025



El vendedor de almas

por SANDRA RODRÍGUEZ *

Pese a su juventud, Lorenzo no se sentía ni satisfecho ni feliz. Cabizbajo, solía afirmar que había nacido con un alma miserable.

Un día se sentó en un banco de la plaza de su aldea, quejándose, como siempre.

—¿Por qué te quejas tanto? —oyó que le preguntaron.

Al girarse, vio sentado junto a él a un hombre vestido con unas raras túnicas blancas. Lo miró con un poco de extrañeza, y luego le respondió:

—Es que mi alma es muy miserable. Entonces, yo me siento todo el tiempo miserable, y hago cosas de gente miserable.

—Pero tu alma no es la que toma las decisiones de tu vida, eres tú el que lo hace. Podrías tomar mejores decisiones. Por ejemplo: decidir ser feliz.

Pensativo, Lorenzo miró las palomas que habían bajado a comer las semillas que el hombre les arrojaba.

—¿Cómo podría ser feliz con el alma que me tocó? —Suspiró apesadumbrado—. Si yo tuviese el alma de un héroe o de un noble, muy diferente sería mi vida.

—¡Pues ve y cómprate otra, entonces!

Lorenzo miró al hombre, ilusionado por lo que le decía.

—¿Y dónde las venden?

—Ve por el camino al cerro. En la bifurcación junto a la fuente, verás a un mercader: él vende almas.

Lorenzo se levantó, agradeció al desconocido, y partió a toda prisa para buscar al mercader.

En la bifurcación, vio a un anciano de cabellos grises y larga barba, que alimentaba a su mula, y un poco más allá, una carreta con el típico toldo de los mercaderes. Lorenzo se acercó a la carreta, y el anciano le preguntó:



—¿Qué andas buscando, joven?

—Quiero comprar un alma, porque la que tengo no me gusta ni me hace feliz.

—Muy bien —dijo el anciano, y descorrió una lona que cubría un cajón de madera con compartimentos más pequeños, todo cubierto por un vidrio. En cada compartimento se podían ver las diferentes almas—. Puedes elegir la que quieras. Te costará una moneda de plata.

—¿Una moneda de plata? —preguntó Lorenzo. Si bien era mucho dinero, le parecía poco por un alma nueva.

—Exactamente. Además, deberás dejar la tuya, porque no puedes andar por la vida con dos almas.

Lorenzo asintió con la cabeza.

—Tienes diez días para probar las almas que quieras —le explicó el anciano—. Si no regresas, daré por sentado que te gustó tu alma nueva. Pero, si no te gustó, al décimo día te llevarás de nuevo la que traes ahora. Eso sí: cada vez que pruebes un alma diferente, cortaré un pedacito de la tuya.

Convencido de que era un buen negocio, Lorenzo aceptó el trato. Empezó a buscar con ojos ilusionados entre todas las almas que el mercader tenía en su carreta. Algunas eran más pequeñas, otras más grandes, algunas más brillantes y otras más apagadas.

—Yo quiero el alma de un guerrero —dijo al fin—. Quiero ser valiente, fuerte y decidido.

—Muy bien, esta será perfecta —le dijo el anciano, extendiéndole un alma que parecía latir con una luminosidad celeste.

Lorenzo se marchó contento con su alma nueva.

Al día siguiente volvió a lo del mercader, cabizbajo como de costumbre.

—Esta no me gustó —le dijo—. Me sentía valeroso y con ganas de librar batallas, pero por esta zona ya no hay guerras. Y qué sentido tiene un alma



de guerrero, si no hay donde guerrear. Mejor quiero el alma de un enamorado.

—Muy bien, esta será perfecta —le dijo el anciano, extendiéndole un alma que parecía un algodón de azúcar color lila.

Y Lorenzo se marchó, nuevamente entusiasmado con su alma enamorada.

Al día siguiente regresó, porque la joven a quien amaba ni sabía de su existencia, y ella amaba a un noble de la ciudad, así que esa alma lo hacía sufrir.

Esta vez pidió el alma de un noble, quizás para poder ganar el corazón de la joven, y ser rico y dichoso.

Pero al día siguiente regresó y pidió el alma de un poeta. Y al siguiente, la de un sabio. Después, las de un alcalde, un bibliotecario, un mago, un médico.

Luego de tantas tentativas fracasadas, el décimo día Lorenzo llegó arrastrando los pies, la mandíbula tensa, las cejas fruncidas y la espalda encorvada.

—Este es tu último día —le dijo el anciano.

Lorenzo pensó que tendría que elegir muy bien: si esta vez no funcionaba, volvería a tener su alma miserable, y estaría peor que al principio. Y además, habría perdido una moneda de plata.

Observó todas las almas que se exhibían en los compartimentos de la carreta. Le llamó la atención una pequeña: de color blanco, esponjosa, casi etérea, como una nube. Seguramente es el alma de un niño, dedujo. Los niños son felices, sólo piensan en crecer, aprender cosas nuevas, jugar y divertirse. Esa es el alma que yo necesito.

—¿Esta vez estás seguro de tu elección? —le preguntó el mercader.

—Muy seguro.

Así, Lorenzo se marchó con su nueva alma.

Y esa sí le gustó. A partir de entonces siempre se sentía feliz, jugaba como un niño, veía la vida con otros ojos, le gustaba aprender cosas nuevas y disfrutaba cada momento. Nunca supo que esa alma era la suya: había quedado tan pequeñita por todos los pedacitos que el mercader le había ido cortando.



* SANDRA RODRÍGUEZ es argentina, nacida en La Rioja, y reside en Mar del Plata desde hace veinte años. De naturaleza artística y creativa: actriz, bailarina, maquilladora y diseñadora gráfica. Asidua lectora, amante del género de terror y el fantástico. Escribe desde la adolescencia. En 2023 comenzó a participar en el Taller de Corte y Corrección con Marcelo di Marco y su equipo, y ya ha corregido varios textos y está en el proceso de revisión de una novela. Una primera versión de este cuento

fue leída por Rodolfo Barone en su canal de YouTube [Los cuentos de Rodo](#), en el que también publicó «[El gato de la señora Pepper](#)». El relato «Una pared tan suave como el piso» puede encontrarse en el canal de YouTube y Spotify [Noches de pluma y tinta](#). Su relato «Atrapado» apareció en el suplemento Cultura del [diario La Capital](#), de Mar del Plata, el 9 de febrero de 2025.

Imagen:

- Ilustración realizada por la autora mediante la IA Copilot.

Cuento publicado en [Fin](#) el 10 de marzo de 2025



Quién es quién en el TCyC: Mario Zegarra

Hoy responde: MARIO ZEGARRA *

—¿Cuáles son tus autores preferidos en literatura, cine y música?

—Una pregunta complicada. En literatura, intentaré no expandirme demasiado, pues cuento con un largo prontuario de lector precoz, y es probable que las menciones se extiendan por muchas páginas. Pero siempre vuelvo, y releo con ojos de neófito a estos autores: Miguel de Cervantes, Edgar Allan Poe, Stephen King, Edgar Rice Burroughs, Joseph Conrad, Henry Miller, Charles Bukowski, Thomas Ligotti, William Faulkner, Gesualdo Bufalino, Charles Baudelaire, Ezra Pound, César Vallejo, Mario Vargas Llosa, Carlos López Degregori, Hermann Hesse, Arturo Pérez Reverte y Fiódor Dostoievski.

Respecto al cine, prefiero las historias intensas, con personajes extremos y un manejo absoluto del lenguaje cinematográfico. Acá menciono a Álex de la Iglesia, Quentin Tarantino, Guillermo del Toro, Walter Hill, Martin Scorsese, Robert Eggers, Alfred Hitchcock y John Ford.

En cuanto a la música, disfruto tanto de lo clásico como de lo contemporáneo. Desde el metal y el hard rock hasta el post-punk y el rock alternativo. Escucho bandas como Metallica, AC/DC, Motörhead, Led Zeppelin, Misfits, Sonic Youth, Portishead o Savages. Y de lo clásico me encantan Wagner, Mussorgsky, Mahler, Tchaikovsky y Beethoven. Últimamente, he escuchado mucha electrónica experimental, y me fascina cómo llevan la música más allá de lo convencional. Constanza Bizraelli fusiona la música electrónica y el arte sonoro en una integración profunda de elementos cosmogónicos y exploraciones sensoriales, y crea una atmósfera inmersiva que desafía la percepción.



—¿Qué libro/s estás leyendo en este momento?

—*Nacido para el miedo*, libro de entrevistas a Thomas Ligotti (Valdemar, 2024); *Oda a las polillas* (Pandemonium, 2024), *nouvelle* de Valeria Montes Pastor; *Todo el mundo sabe que tu madre es una bruja* (Fiordo, 2022), novela de Rivka Galchen; y una novelita de Joseph Kessel: *Belle de Jour* (Argos Vergara, 1978).

—¿Qué cinco títulos creés necesarios para la formación del escritor?

—El libro que todo escritor debe leer para mejorar su escritura es *Taller de corte y corrección*, de Marcelo di Marco. Después, *Mientras escribo*, de Stephen King; el indispensable compendio de la Gotham's Writers Workshop de New York: *Escribir ficción*; *Suspense*, de Patricia Highsmith; y *El héroe de las mil caras*, de Joseph Campbell, que no es necesariamente un manual de escritura, pero describe a la perfección el viaje del héroe y de los personajes aplicado a las historias de ficción.

En cuanto a las novelas necesarias para la formación del escritor menciono al *Quijote*; *Drácula*, de Bram Stoker; *Conversación en La Catedral*, de Mario Vargas Llosa; *It*, de Stephen King; y *Santuario*, de William Faulkner.

—¿Cuál es el método de trabajo que considerarás más efectivo para tu literatura?

—Escribir todos los días, sin esperar a que llegue la inspiración, es una disciplina que me funciona muy bien. De ahí, reviso con detenimiento todo lo escrito. Lo leo y releo en voz alta para analizar detalladamente cada oración. Después paso a la reescritura, y vuelvo a leer y releer en voz alta.

—¿En qué te está ayudando más tu participación en el Taller de Corte y Corrección?

—En afinar mi capacidad crítica, lo que me permite detectar excesos y debilidades en mis textos. Ahora controlo mejor el ritmo, elijo con mayor precisión las palabras y corrijo con más eficacia.



—La yapa: una o dos cosas que nadie debería perderse (una sinfonía, una comida, un pintor, un enlace de Internet, etc.)

—Una ópera: [Turandot de Giacomo Puccini](#). Una sinfonía: la [Quinta de Gustav Mahler](#). Una artista plástica: [Tilsa Tsuchiya](#). Un plato: un [ceviche de conchas negras](#) con una cerveza bien helada, de preferencia una Cuzqueña Doble Malta.



* MARIO ZEGARRA (Lima, 1982) estudió Literatura Hispánica en la Pontificia Universidad Católica del Perú, y un Máster en Creación Literaria en la Universidad Internacional de Valencia (España). Ha publicado el thriller *Tan ignorado como aquí* (Buenos Aires, 2019) y el hard-boiled *Un maníaco homicida a la vez* (Buenos Aires, 2021). Es miembro de La Abadía de Carfax, círculo de escritores de horror y fantasía fundado por Marcelo di Marco. Zegarra es reconocido por su estilo narrativo envolvente, sombrío y resuelto, y su habilidad para retratar personajes complejos y realistas en situaciones extremas, que reflejan una personalidad propia:

demencia, agudeza irónica y desesperanza.

Reportaje publicado en [Fin](#) el 24 de marzo de 2025



Nosferatu: la esencia del terror

por AGUSTÍN DEL VECCHIO *

El cine de culto jamás se ha asegurado la unánime aceptación del público ni de la crítica. Numerosas son las películas que, luego de recibir una devolución sin entusiasmo, ambivalente o directamente nefasta, han resurgido con el correr de los años como grandes clásicos a los cuales su tiempo no ha podido apreciar. *Blade Runner* (Ridley Scott, 1982), *El club de la lucha* (*Fight Club*, David Fincher, 1999) y *Cadena perpetua* (*The Shawshank Redemption*, Frank Darabont, 1994) son sólo algunos ejemplos. Casos tan emblemáticos demuestran fehacientemente que el dicho «el cliente siempre tiene la razón» no aplica en absoluto a la industria cinematográfica, ni al arte en general. En muchos casos, los espectadores no están preparados para cierto tipo de obras. ¿Por qué? Porque el cine de culto se define justamente por su capacidad de innovación, y es precisamente esa novedad la que lo vuelve de difícil digestión para quienes prefieren lo familiar y lo predecible. Sólo con el tiempo, y tras múltiples revisiones, lo que en su momento fue una excepción se convierte en norma, permitiendo que estas películas sean finalmente reconocidas y valoradas como merecen.

No creo ser presuntuoso cuando afirmo que *Nosferatu* de Robert Eggers (2024) es, y será, una película de culto. Si bien ha sido un éxito de ventas, también ha recibido críticas ambivalentes, que hacen dudar de su calidad cinematográfica. En una conversación con Marcelo di Marco —mi maestro y asesor, al que me remito ante cualquier incertidumbre artística—, hemos propuesto varias explicaciones a esta peculiar divalencia de la crítica. A continuación reproduzco un fragmento de la charla:



MARCELO DI MARCO: Recuerdo una época muy difícil. Era 1972, y Argentina estaba al borde del colapso sociopolítico. La guerrilla ya estaba cobrando víctimas. Yo tenía 15 años y había ido con una novia que me tenía encantado a una reunión donde todos los chicos eran bolches. En un momento, llegó una pareja que venía de ver *El trono de sangre* de Akira Kurosawa, una adaptación japonesa del *Macbeth* de Shakespeare. No me lo olvido más. Estaban entusiasmados con la película, les había parecido excelente, aunque, según ellos, carecía de compromiso social. Esas fueron sus palabras exactas.

Creo que hoy vivimos algo muy parecido. La gente ha sido idiotizada por décadas de cine que no aportó absolutamente nada. Pero, de repente, se encuentran con una película que realmente contiene cine y quedan impactados, como si no pudieran sostenerlo.

AGUSTÍN DEL VECCHIO: Concuero completamente con lo que decís, pero además agregaría dos razones por las cuales la película pudo no haber gustado tanto. La primera es que se trata de una cinta bastante atípica. Aunque narra una historia clásica, la manera en que la cuenta y el giro que toma al final la hacen diferente a todo lo que haya visto antes.

La segunda razón es que la película enfrenta al espectador con un aspecto de sí mismo que quizás no le guste demasiado. Al principio, esto puede resultar chocante. Y creo que justamente esa es la función del cine y la literatura de terror: incomodar. Esto último me remite a la frase del profesor Von Franz en la película: «Para luchar contra el mal, primero hay que reconocerlo». Precisamente, creo que eso es lo que hace la película: nos recuerda el mal que llevamos dentro, y por eso incomoda tanto.





MARCELO DI MARCO: Exactamente. En una época en la que muchos se preguntan quién tiene autoridad para definir qué está bien y qué está mal, esa frase de Willem Dafoe resulta verdaderamente rupturista.

¿Pero qué puede haber de novedoso en la *remake* de una historia tan clásica y con un monstruo tan gastado? La respuesta, querido lector, es que mucho.

Una buena *remake* no consiste simplemente en replicar una película clásica con mayor presupuesto y efectos visuales. No: de lo que se trata es de construir una obra novedosa con elementos ya conocidos hasta el hartazgo. Ese es el propósito de una *remake* y, al mismo tiempo, su mayor reto. Un reto que, por otra parte, Eggers ha logrado en cada plano y cada giro argumental. Con inteligencia supo seleccionar aquellos elementos indispensables del género y subvertir aquellos otros que, de conservarlos, hubieran convertido la cinta en una mera imitación sin mérito propio.

De estos últimos, el más relevante es el papel de la protagonista, Ellen, en quien el rol pasivo de la víctima que huye del monstruo se ve transformado por el ingenio de Eggers en un personaje que encarna simultáneamente a la víctima, al victimario y al salvador.

Ellen es una víctima de sus instintos más bajos, personalizados en el apetito que es el conde Orlok. A su vez, es la victimaria que ha derramado, por culpa de su debilidad, el mal de su pasado sobre todos sus seres queridos. Por último, es la salvadora, que debe entregarse al monstruo para liberar al mundo de su malignidad.

Y es este sacrificio, en mi opinión, la propuesta más compleja de la película: Ellen sucumbe a sus deseos más oscuros, a ese mal que, como una droga, ella misma se impuso y al que ahora no puede resistirse, todo con el fin de salvar a sus seres queridos.

No podemos calificar su sacrificio como heroico, ni como egoísta. El sacrificio heroico implica, por definición, que el héroe rechace sus propios deseos en favor del bienestar de los demás. Por el contrario, los actos egoístas se basan en sacrificar a otros para satisfacer los propios deseos. Pero el sacrificio de Ellen no puede encuadrar en ninguno de los dos. En suma: ella cedió a la tentación para salvar a los que amaba.



Como en el cuento de Frank Stockton «La dama o el tigre», este acto deja al espectador con una pregunta insoportable que nunca terminará de acecharlo.

Si el espectador cree en la benevolencia de la naturaleza humana, elegirá creer que Ellen se sometió a Orlok únicamente por el bien ajeno. En cambio, si el espectador cree en la incapacidad del espíritu humano para evitar sucumbir ante su naturaleza animal, elegirá creer que Ellen simplemente se rindió ante ella.

¿La dama o el tigre? Ese es el dilema que Eggers ha inoculado en las mentes de sus espectadores. ¿Habría sido un éxito para una película tan poco convencional el no haber despertado ninguna controversia? Yo creo que la filmografía de Eggers es en sí misma una controversia. Ese es el pecado de salirse de lo convencional: a algunos no les vas a caer bien. Sin embargo, hay que entender que el «me gustó» o «no me gustó» es inválido en lo que refiere a la crítica de arte. Todos tenemos nuestras preferencias personales, sin embargo, no debemos dejar que esas preferencias nublen nuestro juicio e impidan evaluar la calidad de una obra artística. Esa perspectiva maniqueísta no corresponde a ninguna obra, y menos a una llena de matices como es *Nosferatu*.

Acaso la respuesta a la famosa pregunta de Stockton de qué había detrás de la puerta siempre fue la dama y el tigre. Una tercera posición difícil de asimilar. Y que, justamente, encarna el complejo espíritu de la película. Ese espíritu que la hace ser amada por quienes logran percibir los matices, y odiada por aquellos que no han tenido la suerte de saber apreciarlos.

Ficha técnica – *Nosferatu* (2024)

- Título original: *Nosferatu*
- Año: 2024
- País: Estados Unidos
- Dirección: Robert Eggers
- Guion: Robert Eggers
- Reparto principal: Lily-Rose Depp, Bill Skarsgård, Nicholas Hoult, Willem Dafoe, Aaron Taylor-Johnson, Emma Corrin
- Género: Terror, Fantasía, Gótico



- Duración: 118 minutos
- Producción: Chris Columbus, Eleanor Columbus, Jeff Robinov, John Graham, Robert Eggers
- Fotografía: Jarin Blaschke
- Música: Robin Carolan, Sebastian Gainsborough
- Distribuidora: Focus Features
- Basada en: *Nosferatu, eine Symphonie des Grauens* (F. W. Murnau, 1922)



* AGUSTÍN NICOLÁS DEL VECCHIO nació el 1º de marzo de 2002. Desde muy chico se interesó por toda actividad intelectual que se le cruzara por delante, y hasta hoy sigue teniendo esa obsesión. Para él, la lectura no es solo una pasión: es una necesidad, necesidad que crece a lo largo de los años. Comenzó a escribir en 2017, gracias a la recomendación de un amigo, y desde entonces trabaja muy duro para perfeccionar su estilo. Una tarea en la que es fundamental la influencia del Taller de

Corte y Corrección. En la actualidad, se encuentra cursando la Licenciatura en Psicología en la Universidad Abierta Interamericana, mientras sigue formándose en literatura.

Reseña cinematográfica publicada en [Fin](#) el 7 de abril de 2025



El Pal'jondo

por FRANCO SCHIAVONI *

1

De chico siempre me bañé bajo la ducha, jamás en bañera: en casa, no daba la economía para tener una. Ahora, de grande, tampoco tengo. Sigo tan pobre como de pibe, y sigo viviendo en la misma casa. Cuidar a la abuela en situación terminal, hasta su muerte, me convirtió en su adjudicatario, en su propietario. Hablo de la vieja casona, por supuesto, no de mi pobre abuela desahuciada.

Hace unos otoños, después de un día de tedio absoluto, me dispuse a disfrutar una ducha caliente. Más que nada, lo que pensaba disfrutar era el rudimentario caloventor que había comprado horas atrás en una tienda del usado. En aquel otoño tan crudo, la exagerada proporción de la claraboya en el techo del baño permitía que entrara viento frío, por eso no me daban ganas de desnudarme ahí adentro. Prendí el caloventor, y enseguida me llegó a la carne el aire tibio. Giré la llave del agua de la ducha, sobre todo la del agua caliente: estiré la mano y fui probándola. La preparé para pelar pollo como decía mi abuela, me escaldaba el lomo. El cerrado vapor hizo que tanteara de memoria la jabonera.

Recuerdo que a la mitad del baño me entró champú en los ojos, un desastre.

Y después, así enceguecido, pasé para el otro lado. No quiero decir que, por algún extraño sonambulismo me encontré en el pasillo, del otro lado de la puerta. No. Quiero decir que no volví a abrir los ojos jamás —no tanto «jamás»; por un tiempo, mejor dicho, y pronto echaré luz sobre este misterioso asunto.



Lo último que recuerdo de cuando morí fue el agudo y efímero dolor que me generó aquel extraño fenómeno eléctrico, aquella suerte de electroshock que me achicharró de pies a cabeza.

2

No fue buena la idea del caloventor de segunda, la puerta del baño cerrada, el agua de la flor en ebullición largando vapor: morí electrocutado.



Lo extraño fue hallarme en aquel otro mundo, ese mundo desconocido. En primera instancia —antes de entrar en la ducha, yo me estaba muriendo de hambre—, advertí la ausencia de toda necesidad fisiológica; algo muy loco. Con eso empecé a dudar. Mejor dicho, empecé a tomar consciencia de... *¡de haber muerto!*

Abrí la puerta del baño, y una nube de vapor se liberó junto conmigo hacia la cocina. Rosina se había despabilado de su enésima siesta gatuna, y, desde la rústica cuna con maderas de pallet que yo le había fabricado, me miraba fijo. Nunca la vi con esa expresión de espanto, ni siquiera cuando se nos metió en el jardín el pitbull del vecino y la corrió hasta que ella saltó al tapial. Bien entendió que su amo ya era un ente del éter, algo no físico. Y así verifiqué una creencia mía: los gatos pueden adivinar que hay muertos rondando por la casa.

Pero mi sorpresa fue aún más grande cuando miré hacia la piletta de la cocina: descubrí a un hombre mayor acodado en la piedra de la mesada, con una postura encorvada, aunque familiar. Era el hijo de mil putas de mi abuelo, más precisamente, con la bombilla en la boca y amargueando en silencio, como él decía.

El único problema era que había muerto.

Había reventado hacía décadas, cuando yo recién dejaba la primaria. Todos en casa lo vimos hacerse pomada contra los baldosones del patio, cuando aquel bendito andamio resolvió obedecer a la ley de la gravedad.



Vestía el gastado saco de lana a rombos que usó hasta morir. Miraba a través de la ventana que daba al patio. Estaría contemplando la desnudez del final del otoño: las últimas hojas amarillentas de la parra retorcida, las ramas sombrías de la pelada acacia. Y quizá contemplaba aún más allá, quizás escrutaba el ruinoso galpón con lo que quedaba del revoque que él mismo, hacía años, había revocado con sus propias manos y su propia cuchara de albañil.

Y yo, en medio de mi perplejidad, lo miraba atónito. Y con bronca lo miraba. Con *mucha* bronca. Porque no podía creer que me estaba reencontrando con él en la muerte: siempre ejerció contra mí la tiranía más cruel, igual que mi viejo; jamás me quisieron esos dos turros.

—Qué pelotudo resultaste —me dijo, sin despegar la cara de la ventana—. No pensé que iba a ser para tanto. Soltero, con un gato, y en esta maldita casa para siempre. Encima sos más fácil de morir que un pajarito. ¿Qué fue? ¿Un arco voltaico?

A lo búho, manteniendo su postura rígida, giró hacia mí su inquisitiva mirada.

Era la cara de siempre, pero virando al morado. La piel de famélico pegada a la calavera contrastaba con las cuencas de abismo que rodeaban aquellos ojos de un marrón diarreico. Llegué a notarle, a la distancia, algunas venas que le surcaban la frente. Ese cráneo iba casi desnudo, con unos pocos pelos finos y casposos lloviéndole desde la mitad de la coronilla.

—Qué hacés, *abuelito*.

—Qué hacés, *boludito*.

Nada más nos dijimos, y yo me volví a Rosina: ya se lamía una pata, señal de su regreso a esa displicencia propia de los gatos.

—Qué manera pelotuda de morir, pendejo. Aunque de vos no me sorprende, eh.

—Qué hacés, *abuelito* —le repetí maquinalmente, cada vez más desconcertado ante mi reciente ingreso al nuevo mundo.

Desde la galería que conecta a la cocina (por cierto, una parte de la casa que nunca se supo bien para qué estaba, cuestión de las viejas “arquitecturas” que se construían sin arquitecto, y cuestión de la cual yo me daba cuenta recién ahora), oí un leve chirrido metálico que enseguida



se fue intensificando. Sentí una estampida en el sillón: con los pelos encrespados en el lomo, Rosina saltó al respaldar, alerta.

El chirrido cesó.

Y pasó lo que yo temía: por la galería se asomó la abuela en la silla de ruedas. La vi bastante avejentada, como la última vez en el geriátrico. Aunque siempre su piel lucía tersa y fresca, ahora se le había puesto morada de tan mortecina. Por suerte, supe después, en el otro mundo no se perciben los olores.

—¿Ya te diste cuenta? —me dijo el viejo chúcaro.

—Sí. No.

—Tu abuela está igualita a cuando cagó la fruta. En edad, quiero decir. Fijate que hasta tiene el mismo vestido floreado que usó por doce años, ese queapestaba a vieja jedionda. Decí que ya no podemos oler, no se nos facilita el sentido del olfato acá. —Meneó la cabeza y me miró torcido—. Ahora fijate bien, boludo. —El viejo señaló con el mentón a la abuela, se llevó el mate a la boca y le pegó una chupada—. No habla la marmota. Sigue presa de la demencia avanzada que la dejó prácticamente muda, como decía el tordo que la vio. Sigue colifata, ¿entendés? Quedó igual. Así que sabelo: el calvario te persigue hasta acá también. —Miró al aire, como quien trata de pescar un concepto—. Hasta este otro plano te sigue dando cana, qué me decís. Y te cuento algo: guay de los que deciden boletearse, porque siguen cargando con los tormentos, pero el doble. Menos mal que no me pegué un corchazo, como a veces pensé.

La abuela desapareció de golpe, y con ella la silla de ruedas.

—¿Por qué desapareció? —pregunté aterrorizado, como si la ducha fatal y mi condición de fantasma no fuesen ya lo suficientemente espeluznantes.

El viejo miró de reojo el rincón en que acababa de desaparecer la «jedionda».

—Qué sé yo —dijo con una expresión hosca y pasándose las uñas marrones por la garganta, como quien rasguea una guitarra—. Supongo que quería verte y escucharte, nada más. Hablarte, seguro que no. Si quedó muda, pobrecita, ja. A nosotros, los espíritus, nos llega una especie de aviso cuando palma algún cercano, algún familiar, algún amigo. Hasta cuando palma la mina de uno te llega. Así podemos aparecernos, ¡púfate!, en donde se produjo el deceso.

—Como pasó recién.



—Como pasó recién.

Por la poca claridad que entraba en la cocina y las paredes que iban siendo tragadas entre las crecientes sombras, ya se estaba haciendo tarde. Y entonces advertí un súbito resplandor intermitente, y oí esos *zap-zap* típicos de los chisporroteos, y noté que una luz verde se ramificaba en zigzags atravesando el espacio. Siguiendo con la vista la ramificación, comprendí que las raíces más intensas de esa extraña luz salían por todos los enchufes de la cocina.

La gata saltó del respaldo y se mandó a mudar por una ventana entreabierta que siempre le dejo a propósito: salió como si le quemaran las patas.



Seguro, pensé, presente todo. Ve todo.

—Qué son esas luces —le pregunté a mi abuelo, como si él fuera la voz de la experiencia en todo lo concerniente al más allá.

—¿Qué luces? —dijo, y examinó el cielorraso. Miré una por una las cuatro paredes desconchadas que me rodeaban, repasando enchufe por enchufe, y me di cuenta de que algo me llamaba hacia esa verdosa luz chisporroteante, hacia su deleitoso zumbido—. No, pibe, ya sé. Yo no veo nada. Pero entiendo que, por la condición en la que moriste (la causa, digamos), ahora empiezan a tentarte para que caigas en la trampa.

—Qué trampa —dije, alarmado por lo que decía el viejo, y al mismo tiempo seducido por el extraño relampagueo que manaba de los enchufes. Me dije que meter los dedos ahí equivaldría a gozar del más orgásmico de los orgasmos.

—Vos moriste electrocutado, pelotudo. ¿Te acordás? Pasó recién. Bueno, ahora las fuerzas malas te buscan para que cedas. Es como si te dijeren *Metés los dedos en algún enchufe, y pasás derechito al otro lado*.

—Pero si yo ya estoy del otro lado, viejo charlatán, ya estoy muerto. ¿Qué es el otro lado para estas fuerzas malas que decís vos?



—El Pal'jondo, pendejo. Qué va a ser.

—¿El Pal'jondo?

—El Pal'jondo vendría a ser el más allá del más allá.

—El Pal'jondo. —Me quedé pensando, sentí que las yemas de los dedos me cosquilleaban en los labios—. ¿Se puede pasar al Pal'jondo?

—Se puede, pero no te lo recomiendo.

—Es que mis ganas son más fuertes, algo me llama. Qué digo que me llama. Me *obliga*.

—Vos no sabés lo que decís. El Pal'jondo es una gayola de la que no se sale ni por una del Chantecler. A mí me lo advirtió tu finado tío, ni bien me morí. Yo por todos lados veía, y veo, andamios de albañil, baldes con pastones de cal y de arena y de cemento, paredes con ladrillos sin revoque. Me quieren tentar a que me suba de nuevo al andamio a laburar. A laburarles, mejor dicho. Y si les doy bola me caigo, y me hago puré.

—Es que por una vez en la vida quiero hacer lo que se me canta —me salió en un silabeo, pero el viejo ni se percató, siguió con su rollo:

—Así me caí en vida, te acordás. De arriba de un andamio me caí. Así cagué la banana. Pero, si me «muero» otra vez, ahí nomás vienen y te pasan para el Pal'jondo. ¡Je, je, je! —Me miró con cara de Freddy Krueger, lo único que le faltaba era el sombrero y el guante de navajas en la mano en lugar del mate—. Siempre hay un más abajo, nene, siempre podés estar peor. Por lo menos acá, en este «paraíso», qué sé yo, vos viste: el paladar gustativo te lo conservan. Yo me estoy tomando estos amargos, ¿ves? Y están buenos. Y lo mejor es que nunca se termina el mate. —Le pegó otra chupada a la bombilla, y con un ligero movimiento de cabeza y un frunce de labios señaló la hornalla—. Te diste cuenta que pava no tengo.

Murmuré algo inentendible, la mezcolanza de palabras que me brotaban torpemente: palabras de bronca y de dolor, envejecidas en mi yo más profundo. Hasta que me salieron claritas:

—Dejame de joder, abuelo de mierda. Ya en vida la pasé como el orto, por culpa tuya y de mi viejo. Que viene a ser *tu* hijo. Ahora estoy muerto, y lo único que me motiva en este preciso momento es tocar esa luz, sentirla, y ver qué me produce. No me voy a volver a morir.

Me salió la rebeldía de lo más hondo. Rebeldía que nunca tuve en vida para plantarme ante esos dos opresores que eran mi abuelo y mi viejo. Rebeldía que tal vez me hubiera salvado de empequeñecerme hasta la

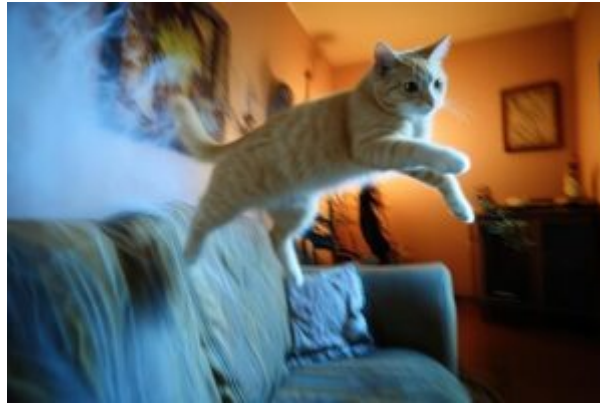


desaparición social. Rebeldía a la que me inducía aquella relampagueante luz de jade, tan inevitable como seductora: yo *debía* meter los dedos en el chisporroteo del enchufe.

Aquel banquete luciferino me esperaba como una ambrosía reservada por los dioses. Ambrosía, sí, esa palabra que había leído en algún libro sobre mitología griega y que ahora se me cruzaba por la mente.

Me lancé al enchufe como se lanza un buitre a la carroña.

¿Y qué creen que pasó?



3

Desperté desparramado en la ducha. Reviví. En verdad, me revivieron esas fuerzas del Pal'jondo que me dijo el viejo.

Dolorido por la descarga letal, me incorporé como pude. En una de esas me caí en el agua de la lluvia ya helada, y advertí que me recorrían los brazos unos centelleos tenues de esa luz verde y cada vez más mortecina.

Miré con horror a mi alrededor. En mi confusión pensaba que podía haber despertado en ese tercer plano diabólico, pero no sucedió tal cosa: sólo me observaban los indiferentes azulejos húmedos de mi baño. Todo el vapor se disipaba, y cuando descorrí la cortina de la ducha vi que aquel caloventor del diablo que compré en el usado se había derretido.

—*Esto* es el Pal'jondo, por cierto —dije, cuando me vi reflejada en el espejo del botiquín la cara de electrocutado—. La vida misma. Volver a la vida.



Recordé las deudas con el banco y el salario de hambre que cobraba y la soledad interminable sin una mujer, y hasta pensé en el alimento caro que comía mi gata cuando a mí apenas me alcanzaba para fideos secos y yerba. Caí en que hasta mi propia gata me sometía y me reducía a una constante genuflexión.

Y fue que una risa tronó dentro de mi mente, una carcajada que retumbó en un eco inconfundible:

¡¡¡Boludooo!!!



* FRANCO DAVID SCHIAVONI nació el 24 de septiembre de 1991 en Chacabuco, provincia de Buenos Aires (Argentina). Cuentista y poeta. Es socio fundador de la Sociedad Argentina de Escritores (SADE), filial Chacabuco. Participó en la antología de poesía *Alguien escribe el misterio*, de la editorial Dunker (2019) y en *Abriendo caminos*, primera antología de SADE Chacabuco (2022), entre otras. Obtuvo el tercer premio en narrativa Leopoldo Lugones, organizado por la Biblioteca Pública Leopoldo Marechal (2021), el segundo premio en el 9° concurso de

narrativa «El arte de escribir historias», organizado por la Biblioteca Municipal de Ayacucho Manuel Villardaga (2022), y el segundo premio de narrativa en la 41° Fiesta Nacional del Maíz, organizada por la Dirección de Cultura de Chacabuco. Cuenta en su haber con una producción de relatos alejados de toda corrección política, que sueña con publicar pronto. Desde el 2019 es tallerista en el Taller de Corte y Corrección.

Cuento publicado en [Fin](#) el 22 de abril de 2025



Amoroso amasijo de letras

por SUSANA LUISA ANAHÍ VIDAL *

Calas

En la infancia
sentenciaron en mi memoria:
«las calas son flores de cementerio».

En mí se amontonó la tristeza:
eran flores,
y no entendía esas palabras
(todas necias)
eran flores que emulaban el nácar lunar
con una espada de sol en el medio.

Te visitaba en el jardín y te susurraba:
«Yo te quiero, Cala, vos no sos flor de cementerio».

Y me llevaba tu suavidad a la almohada
para que condujeras mis sueños
y la invitaras a ella
a que me amamantara en la fragilidad de tu tallo
y la pequeñez de mi cuerpo.



Pan

Mi mamá prepara bollitos que levarán
y crecerán como las flores.
Los cubrirá con un materno repasador
y esperará con la sonrisa del cielo,
ella esperará.

Mi mamá echa la leña
al horno hijo del barro,
se acerca luego
y entre sus brazos carga una fuente
con los milagros blanditos.
Los deja a merced del calor
hasta que se doran como aquellos granos
que se convirtieron en lo que soy hoy.

Mi mamá cosecha su pan, lo pone a enfriar
y su boca se colma de sabor: pan ensopado
en dulce mate cocido, rebanada con manteca fresca
y una lluvia de cristales de caña.



Mi mamá se sienta y descansa las piernas
y yo la pienso mientras escribo un poema largo,
para ella.

Me hubiera gustado probar ese pan con manteca
me hubiera gustado tanto
que mi mamá leyera ella misma
este amoroso amasijo de letras.



Lirios

Ahí están ellos,
los lirios
tan impunes
tan al borde de ser,
de ser la lozanía que cubre las noches
con la bruma fatal de su perfume.

Lo vasto de los labios
se pierde entre los pétalos maduros,
entre lo azulado del tallo,
y muerde la flor de esta letanía
que corrompe tanto con su belleza sin rival.



Tronco fino,
delineado de tardes que apagan la vergüenza
y encienden la carne de la memoria.

Ahí están,
celosos de nada
circundando cada letra que escribirá su nombre en latín,
mientras estos dedos de espigas
se niegan a romperse al nombrarlos,
y los ilustran con dibujos en el agua.

La tibieza de noviembre engorda sus hilos
y en cada piar de pájaros
vuelan esas alas violetas, azules, lilas,
y se quedan
pregonando la impunidad de las flores,
lo eterno y efímero del aroma,
y se quedan
convencidos de que son aquellos pájaros
que olvidaron el ritual del vuelo.

Pero no,
nos engañan los lirios
no olvidaron su pasado de navegantes entre
cielos,
simulan ante nuestros ojos,
nos siguen mordiendo con su belleza
desde un jardín, desde un florero.





* SUSANA LUISA ANAHÍ VIDAL nació el 15 de julio de 1971 en La Plata, provincia de Buenos Aires (Argentina). Es bibliotecaria documentalista, bibliotecaria escolar y poeta. Prosecretaria de Acción Social de SiTBA (Sindicato de Trabajadores de Bibliotecas en Argentina). Desde 2016 en adelante participó en variadas antologías de poesía en el país y en España, en editoriales como Clara Beter y Ser Seres. Publicó los poemarios *Auxilio, ¿por qué escribí?* (Dunken, 2007); *El vientre del poema* (Tahiel, 2017); *Metetele bencina* (Biblioteca Chinaski, 2018); el cuento infantil *Palabras largas* (Ser Seres, 2024) y el libro de cuentos de terror *La calle estaba fatal* (Andando Palabras, 2024). Ha sido premiada en concursos de poesía organizados por la Obra Social FATSA (Sanidad) en la ciudad de La Plata. Participa actualmente en el Taller de Poesía del TCyC, coordinado por Analía Pinto.

Imágenes:

- «Cala lilly», de ROBERT MAPPLETHORPE
- Las otras dos imágenes forman parte del dominio público

Poemas publicados en [Fin](#) el 6 de mayo de 2025



Tres tipos de personas frente a la lengua

por MANUEL AYES CALLEJAS *

Todos experimentamos la lengua de manera diferente, aunque nos servimos de las mismas palabras y la misma gramática. Algunos la usan sin pensar. Otros la patrullan con rigor normativo, siempre listos para señalar errores. Y unos pocos comprenden que no es un código riguroso, sino un entramado en movimiento, moldeado por quienes la hablan y la configuran.

A partir de estas distinciones, a mi juicio existen tres categorías que resumen la relación de las personas con la lengua, para las cuales propongo los siguientes neologismos:

1. *Lingüilegos: no saben ni les importa*

Para estas personas, la lengua es solo un medio: la usan con el único propósito de darse a entender. No distinguen entre una tilde y una respiración entrecortada, pero tampoco les inquieta. Hablarles de ortografía, sintaxis o semántica es perder el tiempo. Bostezan sin disimular, revisan sus uñas o se ensimisman en el teléfono. No porque estén ocupadas en una mejor actividad, sino porque simplemente no les importa.



No ven en la lengua un sistema que merezca ser analizado, sino un simple instrumento: mientras comunique, es suficiente. Si el otro entiende, ¿qué más da si se omiten letras, si se atropellan las reglas, si las palabras quedan inconclusas? Escriben como les salga, hablan como les salga, y no



tienen intención de corregir. Creen que preocuparse por la lengua es una excentricidad, un pasatiempo de gente que no halla nada mejor que hacer.

Pero su despreocupación acarrea un precio. No cuestionan la lengua ni la exploran ni la aprovechan. Son como quien nunca ha sembrado nada, pero espera encontrar frutas en el camino. No es que no logren aprender, es que no les parece necesario.

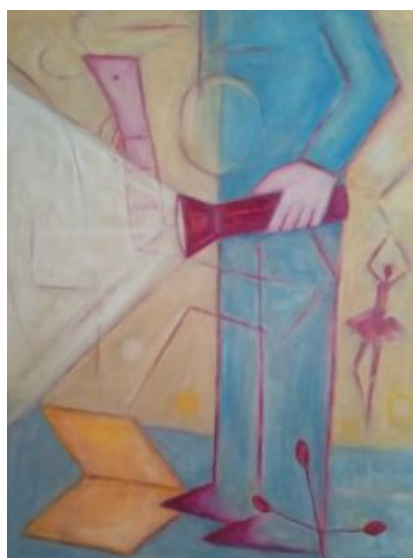
Y, sin proponérselo, son también los que más influyen en la transformación de la lengua. Con sus negligencias, con sus deformaciones, con sus atajos, terminan moldeándola. Su descuido, irónicamente, es uno de los motores del cambio lingüístico.

2. Lingüílatras: los que se interesan con espíritu reaccionario y casi policial

Estas personas no solo usan la lengua: la vigilan y la defienden con ahínco. Y eso es bueno, siempre que no se convierta en una cruzada. Viven convencidas de que el léxico es un castillo que hay que proteger del ataque de los ignorantes y las «aberraciones» del habla popular. Creen que la corrección es un deber sagrado y que cualquier error es una deshonra.

Para ellas, Real Academia Española no es solo un referente, es la última instancia. Si dicta que una palabra no existe, no existe. Si la acepta, es legítima. No entienden que la academia no inventa el léxico, sino que lo documenta cuando ya está instalado en el habla. Se aferran a reglas como si fueran leyes inmutables, sin preguntarse de dónde vienen ni por qué se alteran o anulan.

Corrigen con ímpetu, como quien disfruta de un deporte. No les importa si la idea es buena, si el texto es valioso o si el mensaje se comprende. Si hay un error, todo lo demás deja de importar. Su placer no está en el lenguaje, sino en corregir. Y sí, corregir es necesario, porque la ortografía y la gramática aportan claridad y evitan ambigüedades, pero no todo lo que condenan es una equivocación. Su hermetismo les impide distinguir entre un descuido real y una transformación natural. Ven en





cada cambio una amenaza, cuando la lengua no se protege con rigidez, sino que se preserva con criterio. No necesita custodios, requiere observadores. Con humildad y estudio podrían entender que la lengua no es un museo, sino un río que fluye con su propia lógica.

3. *Acróglotas: los que comprenden su esencia*

Estas personas saben que la lengua no es una lista de normas inmutables. Es un organismo vivo, un sistema en constante evolución, un reflejo de la historia y la sociedad. La estudian en dos dimensiones. Por un lado, la analizan en su estado actual, desentrañando sus estructuras y dinámicas internas. Por otro, la examinan a lo largo del tiempo. Y, a su vez, la entienden en su dimensión pragmática.



Saben que las palabras no tienen un significado invariable, porque cambian según la intención, el entorno y quienes las aplican. Que el lenguaje no se reduce a normas, ya que depende del uso, la transformación y la necesidad que surgen en el diario vivir. Que el sentido de una palabra no siempre está en el diccionario, sino en el diálogo cotidiano y en la forma en que los significados se intercambian con naturalidad.

No temen la aparición de neologismos léxicos o semánticos. No ven la evolución como un error ni como una amenaza, sino como lo que es: la naturaleza misma de la lengua. La respetan y la defienden más que todo de extranjerismos innecesarios e imposturas ideológicas inclusivas. Saben que el idioma no cambia por imposiciones artificiales ni presiones políticas que pretenden moldearlo a conveniencia. No confunden la adaptación natural con la adulteración artificial, ni aceptan que se fuerce la gramática para ajustarla a discursos ideológicos. Entienden que muchas palabras que hoy son «correctas» fueron errores en su momento. Que lo vulgar de ayer puede ser lo culto de mañana. Que la lengua no se anquilosa, porque está compuesta por hablantes y no por leyes inquebrantables.



Todos hemos estado más cerca de un grupo que de otro. Algunos pasan de la indiferencia a la rigidez y, con el tiempo, llegan a una comprensión más profunda. Otros nunca cruzan esa frontera.

Pero lo cierto es que la lengua no necesita ni ignorantes satisfechos ni policías. Necesita exploradores. Necesita gente que la mire con curiosidad y no con dogmas. Gente que la ame sin fanatismos, que la disfrute sin rigidez, que la viva con la certeza de que nunca se deja de aprender. Gente que la entienda como lo que realmente es: un organismo vivo, inmenso e inagotable.



* MANUEL AYES CALLEJAS (4 de agosto de 1990) es profesor de Letras, abogado y escritor hondureño nacido en San José, Costa Rica. En 2014 ganó el Concurso Literario Nacional «Lira de Oro» Olimpia Varela y Varela. En 2017 publicó *Infortunios*, su primer libro de cuentos, como ganador en la Primera Convocatoria para publicaciones del Sistema Editorial Universitario, de la Universidad Pedagógica Nacional Francisco Morazán. En ese mismo año participó en el Taller de Creación Literaria impartido por el premio Cervantes Sergio Ramírez en Masatepe, Nicaragua. En 2021 ganó el primer lugar en el concurso de los Juegos Florales de Santa Rosa de Copán. En 2023, la revista *Casapaís*, de Uruguay, publicó su cuento «Desconocida para todos» en el libro *La vida oculta*. Ha sido publicado en varias antologías y revistas a nivel nacional e internacional, y también obtuvo menciones honoríficas en concursos en España (por ejemplo, en el Concurso «Letras como Espadas»). Desde hace varios años, forma parte del Taller de Corte y Corrección del escritor argentino Marcelo di Marco.



FIN



Diario informativo cultural, proyecto conjunto de elaleph.com y Taller de Corte & Corrección

Imágenes:

- «Man looking into another man's head», de ALBERTO RUGGERI
- «El vigilante», de GÁLVEZ BLANCO
- «Libertad», de FAYE HALL

Artículo publicado en [Fin](#) el 19 de mayo de 2025



Rebaño

por GABRIELA DI GIÁCOMO *

Es de madrugada, y yo no puedo dormir. Y encima ayer pronosticaron que está por bajar el Zonda, ventarrón maldito: siento resecos los huesos, y la garganta como raspada por papel de lija.

Pero hay algo que me preocupa mucho más. En salto de cama me deslizo hacia el comedor, y en medio de la penumbra descorro apenas la cortina de la ventana que da al frente. Agazapada detrás del sofá, compruebo que la vecina nueva está barriendo la vereda. ¿Barrer a tan altas horas, cuando todos los vecinos ya nos hemos encerrado bajo dos vueltas de llave, y además con el viento que está por venir? Como fuese, ella barre la vereda a tan altas horas, siempre. Que yo sepa, barre todos los días. Todas las noches, por decirlo mejor. Y desde que llegó.

Mientras —cómo evitarlo— yo la espío.

Se calza hasta las cejas un gorro de lana, y lleva un pulóver que le pasa de los muslos. Tampoco la he visto jamás sin los guantes de goma. Y tampoco la he visto de día.

Y ahora ella se detiene, da media vuelta y clava la vista en la ventana por donde la estoy vigilando. Dios bendito... ¿Me habrá descubierto?

Bajo la cabeza y resbalo por la cuerina del sofá, como un reloj de Dalí, hasta desparramarme en el parqué. ¿Tendrá la barrendera el poder de ver a través de las cortinas? Igual yo me alejo reptando, y así llego indemne a la soledad de mi dormitorio.

Sin sacarme el deshabillé me zambullo en la cama y me oculto bajo la sábana. Hago inspiraciones profundas, como me enseñó la terapeuta, pero mi corazón no entiende de razones, y las pulsaciones siguen a mil. Saberla ahí afuera, olfateando mi presencia, me saca de quicio.



No hay caso, ni con un lorazepam puedo dormirme. Y no puedo dormirme por culpa de ella, con esa actitud que me dispara mil preguntas. ¿Por qué cada anochecer sale a barrer la vereda? *Las veredas*, debo aclarar, porque su escoba de bruja recorre la cuadra de punta a punta. ¿Y por qué barre entonces lo que no le corresponde, y sin pedir nada a cambio? Verla aparecer y desaparecer entre las sombras me da escalofríos. Levanta hasta la última hoja de morera, y escarba con un palo la mugre que se mete entre las baldosas. Y lo hace como si en eso le fuera la vida. Encima es otoño. Las hojas caen, ella las barre. Las hojas

caen, ella las barre. Las hojas caen, ella las barre. ¿De qué madera estará hecha para sobrellevar una tarea tan ingrata? Ingrata y tan poco productiva, si vamos al caso: cada una de nosotras barre la vereda y el cordón; pero en una hora razonable, Dios mío, en una hora decente.

Y a todos nos perturba su costumbre, no soy la única. Yo me burlo de ella. A sus espaldas, claro está. Mis vecinos también la critican a sus espaldas:

- ¡Es un mamarracho!
- Están robando mucho, y a esta inconsciente parece no importarle.
- Un día la van a robar a ella.
- O van a violarla.
- ¿A violarla, a semejante bagayo?
- A ver si un día aparece con un tiro en la cabeza y todo.
- ¿Por qué se mete con *mi* vereda?
- Que se busque una vida.
- Que se compre un perro.

El caso es que nadie se atreve a decirle nada.

¿Quién sos? ¿Estás purgando una pena, o simplemente sos la loca que nos tocó en suerte?



Las cuatro y cuarto de la mañana, y yo sigo en medio de mi insomnio y con los ojos clavados en las manchas de humedad del techo, sin dejar de pensar en ella. Y encima esta sequedad del ánimo me anuncia que está por bajar el Zonda. Se siente en el aire. Me pregunto cómo esta tipa puede ser tan irresponsable como para salir a barrer con este pronóstico.

No me aguanto en la cama ni un minuto más. Me levanto, enfilo otra vez para mi observatorio del comedor.

Pero... ¿qué está pasando afuera?

Desde el sofá veo que la loca no está sola.

Ahora son dos las sombras que, escoba en mano, barren al mismo tiempo y con idénticos movimientos. Volando de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, el vaivén de las escobas es una danza impecable.

¿Y quién será la que está tan loca como la loca de enfrente? Afino la mirada, y descubro de quién se trata: ¡mi vecina, mi vecina de al lado! Mi vecina, sí. Mi vecina afuera, en pijama y con un chal que le cubre apenas los hombros. ¿Será consciente de lo que está haciendo, y sobre todo a la hora en que lo hace y con quién lo hace?

Lo dudo. Sus movimientos parecen más los de una máquina que los de una persona. ¿Para quién están actuando? ¿Para mí? ¿Sabrán que yo las estoy espiando desde mi escondite?

Lo que son las cosas. Si hay alguien que criticó a la barrendera, hasta con saña, fue ella: mi “respetable” vecina. Incluso llegó a decir que iba a denunciarla, que algo iba a encontrar para poder denunciarla. Y ahora barre a su lado como si tal cosa. Mis pupilas, aunque nubladas de cansancio, no se apartan de esos movimientos controlados y precisos. Incluso no le faltan los guantes de goma, que ahora se ajusta con un chasquido que, más que oírlo, lo adivino. Hasta en eso se le parece a la loca de enfrente.

Las primeras ráfagas sacuden las ramas de la morera y me rescatan del estado de trance. Envueltas en remolinos de tierra y hojas secas, ellas dos no se inmutan.

Me descubro con la respiración alterada, y la frente cargada de sudor. La furia del viento me atemoriza, pero mucho más me atemoriza pensar hasta qué punto ha trepado mi angustia. Trato de convencerme de que estoy ante un hecho normal. De que, literalmente, hay gente para todo. Pero no le encuentro lógica a lo que estoy espiando, por más inofensiva que resulte



la imagen de dos vecinas barriendo. ¿Inofensiva imagen? Si fuera tan inofensiva, ¿por qué tengo miedo? Y falta mucho para que amanezca, para que el barrio entre en movimiento y lo cotidiano me dé alguna sensación de seguridad.

Necesito serenarme. Intento respirar con calma, volver al dormitorio. Pero no hay caso. No puedo despegarme de la cortina.

Me muerdo los labios: ahora en la vereda hay tres figuras.

Cuatro. Van de izquierda a derecha, y de derecha a izquierda.

Cinco, siete.

Diez. Vecinas, y también vecinos. Una muchedumbre envuelta por el Zonda. Y todos barriendo.

Casi sin que de mí dependa, mis dedos tamborilean en el apoyabrazos, siguen el ritmo de ese vaivén. Y al bajar la vista advierto que tengo las manos cubiertas por guantes de goma. Y de reojo veo una escoba contra la puerta, esperándome.



* GABRIELA DI GIACOMÓ nace en la ciudad de Mendoza en 1960, y completa sus estudios elementales y secundarios en el Colegio Nuestra Señora de la Misericordia. Posteriormente se gradúa de fonoaudióloga, y se especializa en la rehabilitación del lenguaje de personas con parálisis cerebral. Luego, obtiene su grado de Licenciada en Creatividad Educativa por la Universidad Nacional de Cuyo. Comienza a escribir en las Aulas del Tiempo Libre de esa misma universidad en 2018, y desde 2021

continúa su formación en el Taller de Corte y Corrección, bajo la coordinación de Marcelo di Marco.

Cuento publicado en [Fin](#) el 2 de junio de 2025

Fantasmas en la nieve



por JAVIER RODRÍGUEZ *

La gran literatura te modifica, te transforma el alma. Y no sólo la literatura, sino también la pintura y la música y la ópera. En el cuento «Los muertos», James Joyce (1882-1941) nos muestra todo eso y más.

Ahora, esta noche, que estoy mirando hacia fuera cómo se derrama la lluvia contra la ventana de mi cuarto, pienso en ese cuento que integra *Dublineses*.

No cae nieve acá, pero sí relámpagos que iluminan la oscuridad más pura de mi habitación: los truenos y las ráfagas de viento vibran en armonía con el relato. Como latidos.

Una armonía de latidos, sí. Eso es lo que sentí al releer esta mañana soleada de otoño «Los muertos», escrito en 1907 por un James Joyce joven y genial, y publicado en 1914.

No sé muy bien qué me llevó esta mañana a sacar de la biblioteca mi ejemplar de *Dublineses* y a guardarlo en la mochila. Quería —necesitaba— tenerlo conmigo en el trabajo.

A eso de las dos de la tarde, cuando el sol pegaba en la vidriera y contrastaba con el paisaje de lo que Joyce me iba mostrando, no pude seguir con la relectura: sabía que poco a poco las páginas me temblarían como la última vez. Deseaba leer



atentamente, incluso oír la tranquila y furiosa voz de Joyce; percibir los contrastes y otros recursos para hacernos vivir la narración bien desde adentro. Porque ahí empieza esta obra magistral de Joyce, con una certera pincelada de lo que ocurre en aquella velada de Navidad en Dublín: el antagonismo oculto de dos almas que se reconciliarán con una muerte.



O con una vida.

¿Cómo habrá creado semejante relato clásico este escritor irlandés que estaba destinado a revolucionar la novelística universal con su *Ulises*? ¿Por qué es tan perfecta la estructura de «Los muertos», la justa medida de hechos que conducen a lograr tal sensación? No es casual que la cena ocurra en Navidad. Joyce urde un clima de fiesta, de vales y de cantos. Incluso el protagonista repasa solapadamente el discurso con el que disertará en la cena. «Uno siente que está escuchando la música atormentada por el pensamiento». Estas líneas acompañan al argumento de la obra.

Nada es casual. Tampoco cuando observa el cuadro de *Romeo y Julieta*. Nos va colmando de significado.

Y también discuten de ópera, de tenores y de música. Nos siembra la mente, nos prepara para una revelación.

Pienso que en las páginas previas al inminente final, Joyce supo dar risa y luz y alegría y movimiento a sus personajes, para después contrastar con las últimas páginas, que son sombrías y calmas y de suma retrospectiva para sus dos protagonistas: Gabriel y su esposa Gretta.

Después de la cena y del baile y del canto de la tía Kate, ya se retiraban algunos invitados. Gabriel ve a alguien en el primer rellano de la escalera. Una sombra quieta, en la oscuridad. Es su esposa. ¿Qué estará haciendo ahí?

Joyce escribe: «Estaba apoyada en la baranda, prestándole atención a algo. Alguien cantaba».

Un piano. El canto de un hombre.

¿Quién es ese hombre?

Gabriel se pregunta qué estaría esperando su esposa en la penumbra de la escalera, escuchando una música lejana. Como un símbolo.

«Si fuera pintor, la pintaría en esa actitud. Su sombrero azul caído exhibiendo el bronce de su pelo contra la oscuridad y los oscuros retazos de su pollera exhibirían las partes más claras. Si fuera pintor, llamaría “Música distante” a ese cuadro».

Y después más trazos y más trazos para seguir contrastando con las páginas anteriores, en las que las risas y los brindis y la soltura de movimientos con las interminables voces hacen que las últimas páginas se las perciba lentas y acompasadas con el clima de afuera. Esa



contraposición, esa discordancia con lo de afuera y adentro la sufrirá Gabriel. Y, al final, con una epifanía.

Después de los adioses, el matrimonio va a pasar la noche en un hotel. «Si fuera por ella, caminaría por la nieve.

Pasaría la noche con ella, y a solas.

La débil luz de la lámpara callejera entraba por un tramo de la ventana hasta la puerta».



Ahí Joyce nos cuenta que Gabriel miró hacia la calle para tratar de calmar sus sentimientos.

¿Qué le ocurriría a su esposa? Estaba ida, enigmática. Y eso lo atraía más.

Incluso también él se sentía diferente. Hechizado. Pero no sabe muy bien por qué. ¿Por la hermosura de su esposa? ¿Lo brillante de sus ojos? No, había en ella una tranquila desesperación. Una antigua tristeza.

El lector quiere averiguarlo. El lector empatiza con él: ve todo con sus ojos, siente cada interrogante como si fuera Gabriel mismo. Joyce nos mete bien adentro del cuento con palabras y más palabras que caen en sensaciones.

Como la nieve.

Nos hace temblar, y no sólo de frío.

Sí, a esta altura de la narración nuestra alma se mete en la de Gabriel. Nos vamos convirtiendo en Gabriel.

Ella está mirando por la ventana. Y él le pregunta: «¿En qué estás pensando, querida mía?».

No responde. Gabriel vuelve a preguntar.

Ella no lo oye. Está sumergida en otra época. Oyendo otras voces. Él la ve incluso más joven. Como una muchacha desprotegida. Y más hermosa que nunca.

«Oh, estoy pensando en aquella canción, La muchacha de Aughrim».

¿Por qué la haría llorar aquella canción?

Por un muerto. Por un muerto que tiene más vida que él mismo.

Ella le cuenta el secreto de su pasado. Gabriel piensa: «Mejor pasar rápido a otro mundo, con la gloria plena de una pasión».



Gretta se queda dormida, entre lágrimas. Y tal vez soñando con imágenes de aquella lluvia fría de su secreto.

Pero ahora no llueve: «Es la peor nevada de hace treinta años. En los diarios dicen que nieva así en toda Irlanda».

El ritmo de la narración es cada vez más sombrío, más lento, en relación con lo que viven y sienten y recuerdan Gabriel y Gretta.

El secreto que le ha revelado su esposa hace que la noche se pueble de fantasmas en la nieve.

Pienso que en ese instante es cuando el protagonista se redime: se vuelve contemplativo, su alma ya no es la de antes. Es transformado. Es Navidad.

Y Gabriel también llora, solo.

Y vuelve a mirar por la ventana.

Y las lágrimas se le hacen más gruesas. Se da cuenta de la miseria de su propia vida. Su tenue vida. Ha sido derrotado por un muerto. «Seguramente en sus pensamientos, ella me compara con él».

Madrugada.



La nieve no para de caer. Tampoco sus lágrimas. Quizá contempla por la ventana con la sensibilidad de su esposa. Con los ojos y el alma de su esposa.

Ella sigue durmiendo.

Intenta descubrir aquello

que alguna vez la ha conmovido.

«Contempla entredormido los copos, plateados y oscuros cayendo oblicuamente contra la luz de la lámpara».

Su alma está en paz como si se hubiese confesado. Ya no será el mismo de antes, ya no será un muerto.

Pienso que yo tampoco.

Ha dejado de llover. Es de madrugada. Sí, ya no seré el mismo de antes después de «Los muertos», de Joyce. Yo también he sido transformado.



* JAVIER RODRÍGUEZ (Merlo, Buenos Aires, 1975) publicó el libro de poemas *La rosa líquida* (Huesos de Jibia, 2011). En la soledad de un cajón guarda una novela, una antología de cuentos y tres libros de poesía. Todos inéditos. Se formó en el taller de Marcelo di Marco.

Imágenes:

- Todas las imágenes pertenecen a la película *Los muertos* (*The dead*), de John Huston (Irlanda, Reino Unido, 1987).

Artículo publicado en [Fin](#) el 16 de junio de 2025



Maupassant, una vida

por OCTAVIO HERNÁNDEZ *

Sí, por escribir magníficos cuentos, por la influencia posterior a innumerables escritores —Tolstoi, Quiroga, D’Annunzio, Chéjov, Lovecraft—; pero, ay, escribo esta pequeña biografía sobre todo porque Maupassant aseguró —sí, lo aseguró— que su propio doble, en una noche ominosa, se le apareció y le fue dictando, sin dudas en un tono conminatorio, un cuento. Y sé que después aquel fantasma, aquel doble suyo, lo iba acechando cada vez más hasta el grado de enloquecerlo — Maupassant escribió en una carta demencial: «Ese fantasma era yo mismo... Ha venido a mi lado... No me ha dicho nada... Simplemente se ha encogido de hombros con desprecio... Me detesta» ⁽¹⁾.

Fue en 1850, en el castillo de Miromesnil, Francia, cuando nació Guy de Maupassant. Pero los Maupassant no se establecieron en el castillo: no les pertenecía. Por otro lado, a pesar de que después nació Hervé, el hermano menor de Guy, la familia no tardó en romperse. Laure, la madre, no aguantó más las constantes infidelidades de Gustave de Maupassant, y los dos resolvieron separarse en buenos términos. De esta manera, ella, con los dos hijos, se alejaron de Gustave, y residieron en la localidad marítima de Étretat, en una casona de paredes de ladrillo y de vasto jardín. Ahí Guy recibió educación de la madre —la cual le incentivaba a escribir y le prodigaba lecturas, más que nada de Shakespeare— y también de un abad, que le enseñó latín. Sin embargo, a las restricciones de una vida dedicada al estudio, él prefería la aventura: navegar junto a pescadores, escalar acantilados de caliza, vagabundear por sembrados, cazar. De aquellos quehaceres, y gracias a compartir con pescadores y con campesinos, le quedaron infinitas anécdotas, que, ya en la adultez, le servirían de inspiración.



Toda esta errancia duró hasta los trece años, cuando la madre decidió que ya basta, no, su hijo no podía seguir malgastándose en aquellas holgazanerías, ella debía mandarlo a un lugar más adecuado, para que no se convirtiera en un disoluto como el padre. Resolvió, pues, enviarlo al seminario de Yvetot. Pero Guy no se podía

acostumbrar a la disciplina que demandaba la vocación sacerdotal. En múltiples oportunidades intentó escaparse, sin conseguirlo. Buscó refugio en la literatura: agotó, con versos que protestaban contra su encierro y contra las costumbres de la iglesia, varios cuadernos. Felizmente para él, descubrieron sus poemas. Lo expulsaron.

Al año siguiente, la madre lo internó otra vez, aunque ahora en un liceo de Ruán. En esta época, Maupassant se acercó más a la literatura gracias a la guía de Louis de Bouilhet y de Gustave Flaubert. Pero, antes de contar su relación con estos escritores, se me recomienda —se me obliga, mejor dicho— a hacer un pequeño paréntesis. La madre de Guy, Laure, había sido muy cercana a su hermano, Alfred Le Poitevin. Alfred era un aspirante a poeta que cosechó dos grandes amistades en su infancia: Gustave Flaubert y Louis Bouilhet. Alfred murió joven, a los treinta y un años. Por la memoria de su amigo, Louis Bouilhet apadrinó en la escritura de poesía al pequeño sobrino de Alfred, Guy de Maupassant. (Maupassant ahora rememora: *Bouilhet, a quien conocí primeramente de una manera un poco íntima, cerca de dos años antes de conquistar la amistad de Flaubert, a fuerza de repetirme que cien versos bastan para la reputación de un artista, me hizo comprender que el trabajo continuo y el conocimiento profundo del oficio pueden un día de lucidez provocar esta aparición de la obra corta, única y tan perfecta como somos capaces de crearla*) ⁽²⁾. Cuando Bouilhet murió, Flaubert tomó la batuta de enseñarle el oficio de la literatura.

Después de terminar el bachillerato, ya licenciado de artes, Maupassant se fue a estudiar Derecho en París. Pero, al cumplir él los veinte años,



estalló la guerra franco-prusiana. Con la alegría de interrumpir esos desagradables estudios, se alistó. De aquellas experiencias bélicas, se sirvió luego para escribir varios cuentos: «Bola de sebo» (1880), «Mademoiselle Fifi» (1882), «Dos amigos» (1883).

Al término de la guerra, en el año 1871, decidió definitivamente dejar los campos boscosos; dejar los acantilados bajo los cuales el mar se estrellaba; dejar de contemplar las gaviotas, que, como meteoritos, acribillaban las olas del Atlántico; dejar el aire puro de Normandía, para residir en París. Aquel hombrón de frente cuadrada, de complexión recia, de bigote abundante, de voz de campesino, aquel ser de espíritu hecho para la libertad de la caza y de la navegación, primero se consiguió un trabajo administrativo en el Ministerio de la Marina y después uno en el Ministerio de Instrucción Pública. Los detestaba: lo acusaron de vago, de que no servía, ¡de que redactaba mal!

A pesar de aquel trabajo de oficinista, Maupassant no desatendió el gusto por el ejercicio y el vigor físico: es conocido, por ejemplo, que disfrutaba sobremanera de navegar en el río Sena. También disfrutaba de otras banalidades: de la escritura de versos y obras dramáticas, de la comida, de las mujeres, sobre todo de las mujeres. De vez en cuando lo frecuentaba el viejo Flaubert, quien le desaconsejaba tantas veleidades, jovencito; en interés a la literatura, ¡modérate! ¡Ten cuidado! Un hombre que se erige como artista no tiene derecho a vivir como los demás ⁽³⁾.

Y después, en 1878, le recriminó también: «Usted se queja de que las mujeres son monótonas. El remedio es sencillo: no servirse de ellas. ¡Escúcheme, jovencito! Es necesario trabajar más. Sospecho que es usted demasiado perezoso. ¡Demasiadas putas, demasiado remar, demasiado ejercicio violento! Usted ha nacido para componer versos, ¡hágalos! Todo lo demás en usted es cosa vana» ⁽⁴⁾.

Pero Maupassant en 1877 enfermó de sífilis. Escribió en una carta: «Aleluya, tengo la sífilis; por consiguiente, no tengo miedo a contraerla» ⁽⁵⁾. ¿Y cómo no contraerla? Maupassant se enorgullecía de sus dotes de donjuán, incluso se ufanaba —¿pero es necesario hablar de esto?, ¿sí?—, se ufanaba, decíamos, de intimar hasta seis veces en menos de una hora con distintas prostitutas, y se calcula que frecuentó cientos de mujeres (*Creo, jeune homme, que cerca de trois cents femmes, trescientas*) ⁽⁶⁾.



En fin, sea como fuere, y lo más importante de todo, es que en ese período que va desde 1873 hasta 1880, bajo la tutela de Flaubert, Maupassant aprendió el arte literario, escribiendo ejercicios poéticos y narrativos, algunas obras de teatro y algunos pocos cuentos —entre los cuales se encuentran «La mano disecada» (1875) y «Sobre el agua» (1876)—. En *La vie et l'œuvre de Guy de Maupassant* (1906) de Édouard Maynial, se explica que Maupassant escribía con calma, y cuando sus amigos lo apresuraban mucho, él solía replicar:

—No hay prisa; estoy aprendiendo mi oficio.

Aunque él deseaba escapar de su trabajo administrativo y vivir de la literatura, aquello recién fue posible en 1880. En ese año, imprimió su primer libro de poemas, *Des Vers*. Pero realmente consiguió notoriedad con la publicación de «Bola de sebo», un cuento ambientado en la guerra franco-prusiana, que le valió la admiración de Zola, de Flaubert, y el contrato de un diario. Al cabo de meses, Maupassant consiguió recolectar ocho cuentos en un volumen, que publicó bajo el nombre de *La Maison Teillier* (1881). Es a partir de entonces cuando empezó el período más fértil de Maupassant: en menos de diez años, escribió cerca de trescientos cuentos y seis novelas, sin contar con los libros de viajes y las notas en periódicos. Escribió sin parar, con una disposición febril, azuzado tanto por su pasión a narrar como por la avidez de dinero. Amontonó millones de francos, los cuales dispensó en viajes, en construirse una casa de reposo en Étretat, en un globo aerostático, en un yate.

Pero bajo el éxito y la vida desenfrenada, se agazapaba el mal de la sífilis: ya desde 1880, Maupassant se quejaba con Flaubert de problemas oculares y de caída del pelo. A esto se suma que el estrés por escribir, los devaneos sexuales, el consumo de drogas —hachís, cocaína, opio, éter—, poco a poco lo iban agotando mentalmente.

Y fue que, en el transcurso de la década, su personalidad cambia: se recluye, y en la presencia de amistades se muestra nervioso, psicótico. En



tanto, él se sabe perseguido por un mal irremediable, y, queriendo sanarse, asiste a médicos, lee libros de medicina, consume a montones remedios variopintos. Pero nada, no funciona ningún remedio, y ya para 1889 el mal se aguza, no puede dormir, las noches se dilatan, interminables, mientras las migrañas le atenazan la cabeza. Poco a poco la memoria le va fallando, hasta llegar a un punto en que no puede escribir: las palabras, mierda, se le olvidan. Y, pronto, en su propia habitación, una noche, se ve a sí mismo, ve a su doble, que le dicta un cuento, sin dudas, ominoso. ¡Qué horror! Algún incrédulo pensará que la locura sifilítica lo hacía alucinar, pero ¿acaso no se puede concebir que, de verdad, un doble le dictara, que un doble surgido del infierno lo volviera loco? ¿Por qué nos parece imposible que una presencia —¡un demonio!— con la misma figura de Maupassant se le hubiera aparecido a él? Maupassant dejó, como un último canto de cisne, su gran cuento «¿Quién sabe?» (1890). Esto mismo les pregunto yo: ¿quién sabe?

En 1893, a los cuarenta y un años, y tras dos infructuosos intentos de suicidio, Maupassant murió, internado en el sanatorio del Dr. Blanche.

—Entré en la vida literaria *comme un météore* —dice Maupassant—, la dejé como un rayo ⁽⁷⁾.

En aquella oscuridad en la que sólo se oye la lluvia azotándose contra la ventana de la habitación, al terminar de escribir la biografía, Octavio Hernández se echa atrás en el asiento:

—Listo.

El hombre sentado a su derecha se inclina y, achinando los ojos oscuros, acerca la cara a la pantalla del notebook. A medida que va leyendo, el hombre murmura el texto en un tosco español. Cuando acaba de leer todo, se acaricia el espeso bigote. Después, asintiendo con su enorme cabeza normanda, dice en una voz ronca de campesino:

—*Ma biographie est terminée.*

Y desaparece.

Referencias bibliográficas:

1. ARMIÑO, M. (2015). Prólogo. Guy de Maupassant. En *Cuentos completos de terror, locura y muerte* (pp. 11-26). Valdemar.
2. MAUPASSANT, G. (1888). *La novela*. En *Obras completas de Guy de Maupassant*, tomo I (pp. 65-73). Aguilar.



3. FLAUBERT, G. (1876). A Guy de Maupassant. Gustave Flaubert. <https://flaubert.univ-rouen.fr/correspondance/correspondance/25-juillet-1876-de-gustave-flaubert-%C3%A0-guy-de-maupassant>
4. FLAUBERT, G. (1942). Cartas a Maupassant. Traducción: José Manuel Ramos González.
5. MAYNIAL, É. (1906). *La vie et l'oeuvre de Guy de Maupassant*. Société du Mercure de France.
6. DOUCHIN, J. L. (1986). *La vie érotique de Guy de Maupassant*. Traducción: José Manuel Ramos González.
7. WIKIPEDIA. Guy de Maupassant. Recuperado el 19 de abril del 2025 de https://fr.wikipedia.org/wiki/Guy_de_Maupassant#Gicquel1993

Imágenes:

- «Los acantilados de Etretat», de Claude Monet
- Guy de Maupassant: <http://maupassant.free.fr/photos/benque>



* OCTAVIO HERNÁNDEZ nació en Antofagasta (Chile) allá en los inicios del siglo, un día del 2001. Si bien desde niño le gustó crear historias —sobre todo fantaseaba con inventar sus propios cómics—, la literatura fue un descubrimiento más bien tardío. Lector de Maupassant, de King, de Borges, de Cortázar, se le ocurrió estudiar en el 2020 Cine y Televisión —imprevista carrera que sólo le ha dejado sinsabores—. Pero no se olvidó de la literatura: en ese mismo año, 2020, decidió ingresar al Taller de Corte y Corrección, lo cual le significó avanzar a grandes pasos en los laberínticos senderos de la escritura. De este modo, a troche y moche, ha dado en crear unos cuantos cuentos, que espera algún día publicar. En *Fin* ha aparecido un cuento suyo, titulado [«Pecho de acero»](#).

Biografía publicada en [Fin](#) el 1º de julio de 2025

La tecnología al servicio del escritor



por RUBÉN MARTÍNEZ *

Hoy en día, algunas herramientas tecnológicas —como la inteligencia artificial— han sido injustamente satanizadas. Sin embargo, si echamos un vistazo a la historia de la humanidad, notaremos que siempre hemos buscado formas de simplificar nuestras tareas cotidianas. Y para lograrlo, recurrimos a objetos, sistemas y métodos que, en conjunto, conforman eso que llamamos tecnología.

Comento lo anterior porque recientemente comencé el proceso creativo de un cuento titulado «El que viene». La recomendación del corrector de estilo fue dividir la labor en dos etapas: la primera consistía en aplicar un método llamado [Tetracolori](#), creado por Marcelo di Marco, que implica resaltar en el escrito los verbos, sustantivos, adjetivos y otras categorías gramaticales con diferentes colores. En la segunda etapa se debía revisar el texto con base en el análisis arrojado por el Tetracolori, para sustituir, eliminar o transformar palabras que se repiten con frecuencia, y así mejorar la redacción.

En cuanto me encomendaron esa tarea, lo primero que pensé fue: ¿no habrá alguna aplicación que haga ese trabajo titánico por mí? Subrayar manualmente con distintos colores me tomaría mucho tiempo. Entonces me puse a buscar, y di con una herramienta llamada Voyant Tools.

Esta aplicación permite analizar textos de forma cuantitativa, lo que resulta de gran utilidad para identificar repeticiones, muletillas o temas poco desarrollados. Así, el escritor puede detectar áreas de oportunidad para enriquecer el vocabulario o equilibrar los temas tratados. Algunas de sus principales funciones son:

- Permite subir el texto en diversos formatos: Word, PDF, HTML o simplemente copiando y pegando para que la herramienta lo analice.
- Ya con el documento en la plataforma, en un apartado llamado Cirrus —parte superior derecha de la interfaz—, se genera una nube de palabras en la que los términos más usados se muestran



en mayor tamaño. Al hacer clic sobre alguno de ellos, se despliega una red de conexiones con otras palabras asociadas. Otro de los elementos de Cirrus es una lista, en orden jerárquico, que te permite ver las palabras y cuantas veces se repiten dentro del texto.

- Ofrece un resumen estadístico: número total de palabras, cuántas son únicas, cuántas se repiten y un indicador de densidad léxica (relación entre vocabulario único y total). Cuanto mayor sea ese índice, más variado es el léxico del texto.
- Otro dato que incluye Voyant Tools es el índice de legibilidad (basado en la escala de Flesch), que estima la facilidad de lectura del texto. Mientras más cercano a 100, más fácil de leer resulta.

Todo esto está disponible en la herramienta. Sin embargo —y aunque no lo crean, aquí vienen los «peros»—, al momento de probarla me encontré con dos limitaciones. La primera: no se podía descargar el análisis realizado. La segunda: aunque el diagnóstico cuantitativo es útil, no me resolvía el problema original de resaltar palabras por categoría gramatical.

Triste, pero no vencido, seguí buscando. Tras una profunda zambullida digital, descubrí que Microsoft Word Online, en su versión de Microsoft 365, cuenta con una función llamada Lector Inmersivo, también disponible en Outlook, OneNote, Teams y Forms. La que yo utilicé fue OneNote. Si te interesa, puedes crear una cuenta gratuita desde este [link](#).

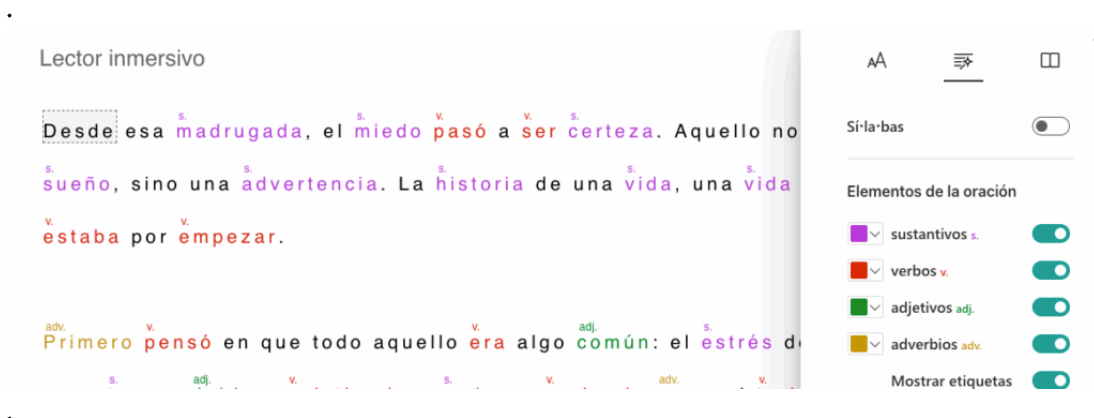
Esta herramienta fue diseñada para mejorar la lectura y la escritura, y entre sus funciones destacan:

- Lectura en voz alta: reproduce el texto y resalta las palabras mientras se leen.
- Opciones de texto: permite modificar tamaño de fuente, espaciado, colores y fondo, para facilitar la lectura.
- Traducción: traduce el texto completo o palabras individuales a más de cien idiomas.
- Diccionario visual: muestra imágenes asociadas a las palabras, ideal para estudiantes o personas que aprenden un idioma.

Pero fue al encontrar la función llamada «Elementos de la oración», en opciones de «Gramática» cuando sentí una auténtica calma. Con solo



seleccionar una categoría (verbos, sustantivos, adjetivos, adverbios), el Lector Inmersivo resaltaba automáticamente las palabras correspondientes en colores. Por si fuera poco, la función permite agregar una pequeña indicación para que quien lee sepa a que hace referencia cada palabra resaltada, por ejemplo: al verbo le incluye un supraíndice con la letra 'v'. Aquí les dejo una imagen:



La única desventaja del Lector Inmersivo —compartida con Voyant Tools— es que aún no permite descargar el archivo con las marcas aplicadas. Sin embargo, no dudo que, en un futuro, esta función no solo estará disponible para descarga, sino que también podrá utilizarse desde la versión de escritorio. A pesar de las limitantes, estoy satisfecho: gracias a esta herramienta, la segunda etapa de mi trabajo será mucho más ágil. La tecnología ha hecho por mí una tarea que me habría tomado bastante tiempo.

Quiero cerrar este texto con una aclaración: las herramientas tecnológicas no sustituyen el talento ni la sensibilidad humana. Son solo instrumentos que pueden facilitar nuestro trabajo. Sé bien que podría recurrir a una IA para corregir por completo el cuento «El que viene», pero siento que eso le arrebataría parte de su esencia, de su alma.

No critico a quienes usan la tecnología —de hecho, yo mismo lo hago—, simplemente pertenezco a una generación que aún prefiere el sabor del pan artesanal, elaborado con manos humanas, antes que uno producido por un sistema totalmente automatizado.



* RUBÉN MARTÍNEZ nació en México en 1974. Cursó estudios en Economía en la Universidad Autónoma Metropolitana – Unidad Azcapotzalco (UAM-A) y un posgrado en Educación. Actualmente imparte clases en el nivel licenciatura y posgrado. Es aficionado a la escritura, y ha desarrollado artículos académicos, contenido para pódcast, así como una columna de opinión en el periódico *Síntesis*. Pero, durante la pandemia, por exceso de tiempo libre, retomó la escritura de un hecho que vivió de cerca —la

experiencia de una niña de seis años, que tuvo contacto con un ente que aquejaba su existencia—, de lo cual surgió la publicación independiente del libro *Amanecer* (2021). Alentado por lo anterior, decidió escribir cuentos; entre ellos «El intruso», que resultó premiado con una mención honorífica, y fue publicado en una antología por la editorial Ariadna. Desde ese momento decidió prepararse en diversos cursos y talleres, y llegó de esta manera al Taller de Corte y Corrección, donde su primer cuento trabajado fue “[Ojos tristes](#)”.

Artículo publicado en [Fin](#) el 14 de julio de 2025



La cuchara de plata

por DIEGO LUZURIAGA *

Antes la alimentábamos sólo con aceite, crema, tocino, casi cero carbohidratos: la tal dieta cetogénica en su más extrema versión. Manejábamos por ella la cuchara, forzándola a tragar esas horribles grasas. Hasta que, comprobando que la dieta no mejoraba las cosas, el neurólogo decidió que volviéramos a darle comida regular. Así lo hicimos, pero tuvimos que seguir manejándole la cuchara.

Había nacido con una mutación genética tan extraña y tan única que le cambió la vida. Nos cambió la vida.

Y hoy cumple años.

Mi mujer, que camina conmigo en el parque, se detiene. Se gira hacia mí. Y me dice:

—¿Y si usamos la cuchara de plata? Por qué no.

—Qué cuchara de plata. —Yo también me detengo.

—La que heredaste de tu madre. La olvidaste.

—Ah, la cuchara de mamá. Buena idea, capaz que funciona.

—Podemos intentarlo.

—Para la cena.

Hace años me llegó esa cuchara, bien envuelta en un paquete con sello postal de Ecuador.

Cuando murió mi madre, no pude viajar para el funeral. Pero me contaron mis hermanos que, después de la ceremonia, se habían ido a la antigua casa de la familia, y allí se repartieron varios objetos, uno para cada hijo. A mí me tocó esa cuchara.

Recuerdo que apenas abrí el paquete me quedé acariciándola: de niño, después de usarla le sacaba brillo con un pañuelo, porque creía que era mágica además de bella.



—Cómo pude olvidarla —digo—. No perdemos nada intentándolo, capaz que funciona.

Antes de venir al parque, Belén y yo realizamos un interesante experimento. La pusimos en su silla especial con bandeja. En la bandeja ordenamos todas las cucharas de la casa. Cucharas finas, cucharas anchas, cucharas de metal, cucharas plásticas, cucharas blancas, cucharas azules. Sonriendo, las tiró al suelo de un manotazo. Después colocó frente a ella su Teletubby de peluche rojo. Lo miró con cara seria, y entonces hizo lo de costumbre: se puso a sacudir los brazos sin parar.

—Nunca va a agarrar cuchara alguna —dije—, y menos llevarse ella misma la comida a la boca.

—No seas flojo —Belén me lanzó una mirada seca—. Hay que seguir intentando. Si nos rendimos ahora, será mucho más difícil en el futuro. Tiene que aprender a usar la cuchara por sí sola.

—Como si yo no lo supiera.

—Tiene manos, ¿no? ¿Hasta qué edad te ponía la cuchara en la boca tu mamá? Debemos probar algo distinto, especial. Ella es especial.

De regreso del parque, la hacemos sentar de nuevo en su silla con bandeja. Ponemos música, forzamos sonrisas.

—Mira qué hermosura —le digo—: tu abuela comió con esta cuchara, y yo también. Mira cómo brillan estos lindos labrados de hojitas. —Ella me mira, y enseguida gira la cabeza hacia la cuchara de plata—. Ya estás grande, tienes que servirte tú misma la comida. Hazlo por ser hoy tu cumpleaños. Esta cuchara es mágica.



La mira en silencio. No la tira al piso, parece interesada.

Mi mujer descuelga de la pared la foto de mi madre, y se la muestra:

—Hazlo por tu abuela.

Con ojos de curiosidad, mira la foto. Mi madre, sonreída y de vestido blanco, está sentada en el jardín de la antigua casa de la familia. Mi hermana y yo, de pie, sonreímos detrás de ella. La sigue mirando interesada. Esto promete. Dejamos la foto sobre la mesa y



corremos a preparar huevos revueltos, que tanto le gustan. Y arroz, tomate, queso, todo mezclado y picado y humedecido, para que no se atragante.

Ponemos frente a ella el tazón plástico, lleno. Le ponemos la cuchara, con comida, en la mano. ¡La agarra!

Pero se le cae. Intentamos de nuevo, y se le cae y se le cae. En eso, con su Teletubby da un fuerte golpe al tazón y lo tumba al suelo.

Preparamos comida otra vez, y se la damos de comer en la boca nosotros mismos. Despacio. Como siempre.

Paciencia. Paciencia.

No sabemos qué pasa por su cabecita, todo sería tan fácil si hablara. O si llorara por lo menos. Nunca ha llorado en su vida. Cuidar de ella no es para los débiles de corazón —ni para los débiles de estómago, al momento de cambiar sus pañales—. Y no hablemos de nuestra lucha diaria para darle su medicina.

Pero a veces —sólo a veces— nos sorprende. Por ejemplo, cuando le decimos dodó, levanta los brazos, lista para dejarse cargar hasta su cuarto.

Tiene su personalidad.

—A ti te gusta la carpintería —me dice mi mujer.

—¿Y?

—Por qué no fabricas un mango anatómico para que la cuchara le calce mejor en la mano. Para que la agarre fácil.

—Okey.

Bajo a mi taller del sótano, y en poco rato instalo en la cuchara un mango de madera pintado de rojo: el mismo rojo de su Teletubby. Ergonomía pura.

Como podemos, la sentamos en su silla especial con bandeja.

—Mi espalda —digo yo, enderezándome dolorido.

—Yo no me quejo de mis rodillas.

—Un día no vamos a poder cargarla más.

Le ponemos en la mano la cuchara con mango de madera. Todo bien. Antes de traerle la comida le hacemos un show de gracias y de payasadas. Cierra los ojos con fuerza brutal. Aprieta los labios y frunce toda la cara y tensa los brazos. Y tensa las piernas, los pies, tensa todo el cuerpo. Y se sacude y se sacude, como una tabla de trampolín.

Aunque es quizá la convulsión número quinientos en su vida, la sufrimos en nuestra propia carne como si fuera la primera vez.



FIN



Diario informativo cultural, proyecto conjunto de elaleph.com y Taller de Corte & Corrección

Dejamos que se recupere allí, en su silla. Qué más podemos hacer, sino mirarla. Qué más podemos hacer, sino fruncir nuestras frentes, como de costumbre.

Cuidadosamente la acostamos en el sofá. Nosotros, agotados, nos tendemos en la alfombra.

Ha pasado quizás una hora y media, y nos despiertan unos alaridos. Sentada en el sofá, con la cuchara vacía aún bien agarrada en la mano, da gritos de desesperación mirando hacia la mesa. Hacia su comida. Inmediatamente la subimos de vuelta a la silla y ponemos el tazón en la bandeja. Consigue meter en la boca, temblando y todo, varias cucharadas de su cena —fría, obviamente—, y nosotros por poco no saltamos y bailamos.

Le ponemos el video de los Teletubbies. Sacamos del refrigerador la torta que preparamos anoche, cubierta con glaseado blanco. Junto a su nombre —escrito en glaseado rojo— se me ocurre colocar la cuchara de plata con asa roja.

Una por una prendemos las treinta y dos velitas rojas. Le cantamos el *happy birthday* y le ponemos un pedazo de pastel en la bandeja. Se lo queda mirando en silencio. Y después apunta, decididamente, al lugar vacío de la pared: la foto ahora está en la mesa. Se la mostramos de nuevo. Toma la foto y, con una delicadeza extraña, acaricia la cara sonreída de mi madre. Y la acaricia y la acaricia hasta que notamos, boquiabiertos, que tiene los ojos humedecidos.



* DIEGO LUZURIAGA (Loja, Ecuador, 1955) se formó como compositor en Quito, París y Nueva York. En 1993 ganó la beca Guggenheim de Nueva York, y, en 2006, el Premio Eugenio Espejo de Ecuador. Además de haber escrito música de cámara y sinfónica, cantatas, la ópera *Manuela y Bolívar*, un sinnúmero de canciones (todo con textos del compositor), también ha publicado poesía: *Sobre la felicidad* (El Club de la Pelea, Quito, 2017), *¡Viva el delirio del poeta!* (Ediciones de la Línea

Imaginaria, Quito, 2022), y ficción: *Cuentos de un músico retirado* (Cactus Pink, Quito, 2018). Para mayor referencia visitar su [sitio web](#).

Imagen:

- Ilustración de CLARE DOHERTY. Técnica: lápiz y acuarela.

Cuento publicado en [Fin](#) el 29 de julio de 2025



FIN



Diario informativo cultural, proyecto conjunto de elaleph.com y Taller de Corte & Corrección

A pura dentellada

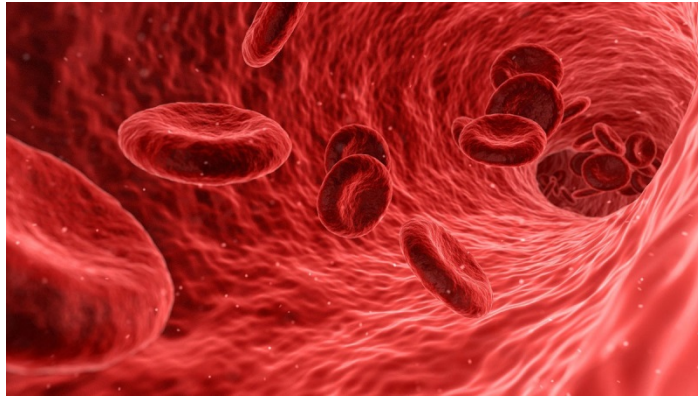
por KARINA COHEN *

Rojo

Espero que los vampiros me traigan
un caramelo rojo
a cambio de tanta sangre que di.
Pero ni eso, ni una mugrecita,
un coágulo, un hematoma
en el plexo hundido del ser.
A cambio una puñalada
una estocada final,
pero en la sequedad que me atraviesa
el desierto es lava.
Y se viene el fuego
salvaje.
Llamo a las bestias
que entienden mi lengua
y en hordas eufóricas
salimos por las calles
a recuperar la sangre
a pura dentellada.
Salimos a destrozar sus pálidos olimpos
levantados sobre los huesos de los pobres
y los hallamos dormidos
(porque ellos siempre están así:
dormidos)
y los carneamos y los repartimos



y yo solo muerdo un caramelo de sangre.
Es lo único que necesito.



Día de calor de agosto

Aferrada a la última gota del Carolina Herrera en mi pañuelo subo al 26
convertido en proletario sauna alimentado a chizitos sin marca
sé que al final del camino me espera un benteveo
él no tiene nariz
por eso canta
canta feliz en este día tortuoso de sol
no sabe que esta mañana un pájaro en la escuela decidió no nacer
tal vez aturdido de niños se lanzó
desde el techo del playón
aún albúmina y cáscara sangrante
tampoco sospecha que dijimos unas palabras ante su muerte estrellada
no sabe que los niños dejan de jugar cuando mueren los pájaros
como yo que no sudo
contagiada de niñez cuando subo a la peste del 26 y soy Carolina
Herrera del oeste
esperando que me mandes el beso que todo lo salva
el beso benteveo
cantante



con olor a cuello en la distancia



Selva muda

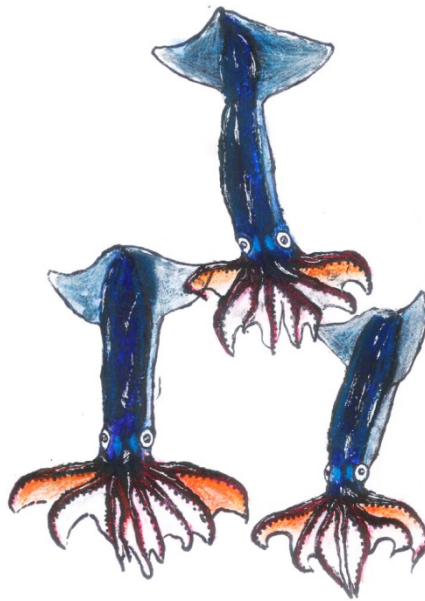
Qué horrores estaremos masticando
que los muebles son los ataúdes de la conciencia.
La poesía se volvió póster
o peor
un manual de instrucciones para pobres felices.
Déjame de una vez en esta selva muda
que me devoro a mí misma
con tal de no ver tanta estulticia.
La sombra del último anciano atraviesa mi casa
lleva en sus espaldas los restos
del barbijo de Dios.

Calamar volador japonés (*Todarodes pacificus*)

Preciada raba originaria,
qué corta vida te arrastra del aire a la deriva.
Cuánto camino de sal volaste,
cuánta nostalgia en tu blanda cabeza.
Un poderoso bombeo te eyecta dentro del mar de tu amada
ahí, donde todo es un brazo que sacrificás



para seguir naciendo:
esa es tu casa, no Vietnam.
Como el quebrarse de tu carne transparente,
casi pez, te veo,
en tu estela retinta no hay pensamientos:
sólo viajar, nadar y volar
y en ese colmo de felicidad
sos prisionero del hambre.
Surcar Oriente no te alcanza
ni encaramarte en la fluidez del aire.
Nada te salva, céfalopez.





* KARINA COHEN nació el 2 de febrero de 1969, en Capital Federal, aunque vivió su infancia en Moreno, Gran Buenos Aires oeste. Es maestra de educación primaria, docente y directora de danza contemporánea y poeta. Entre 1990 y 1999 formó parte de la agrupación musical Los Visitantes, que editaron seis discos y realizaron presentaciones en vivo. Simultáneamente, gestó los grupos de poesía Comando Literario y Verbonautas; con este último editó *Acción poética* (Eudeba, 1999). Ha sido invitada a leer en diversos festivales literarios. Desde 2002 dirige varios elencos de danza contemporánea, entre ellos Comunidad

Mutante, con quienes realiza obras de danza y poética. Participó del Taller de Corte y Corrección de Marcelo di Marco, y actualmente trabaja en el de poesía con Analía Pinto.

Imágenes:

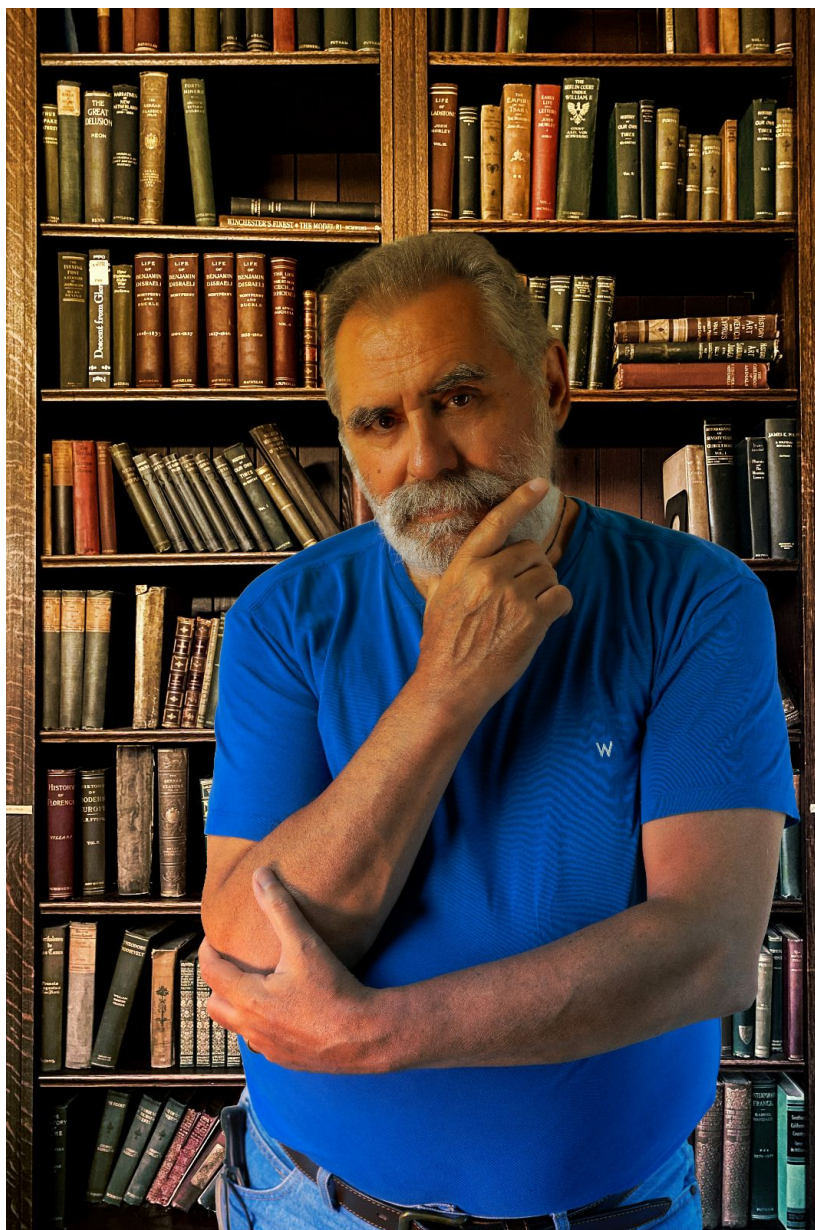
- «Rojo»: <https://mirial.es/images/blog/donacion-sangre/mirial-donacion-sangre.jpg>
- «Día de calor de agosto»: <https://www.vivieloeste.com.ar/moreno/moreno-cuatro-ramales-la-perlita-modifican-su-recorrido-n66632>

Poemas publicados en *Fin* el 11 de agosto de 2025



Breve semblanza de nuestro fundador

A las puertas de la aparición de un nuevo libro de Marcelo di Marco, *Cuando dos o tres* (poemas, Buenos Aires, Quaderna Via, colección Lumen Cordium), presentamos esta breve biografía suya.





Autor de una veintena de libros de poesía, narrativa y ensayo, Marcelo di Marco (Buenos Aires, 1957) pertenece a ese puñado de escritores que en su vida y en su obra se atreven a refutar los dogmas del Nuevo Orden Mundial. En ese sentido, es uno de los intelectuales menos representativos de su generación.

En 1997, revolucionó internacionalmente la enseñanza de la escritura creativa con *Taller de Corte & Corrección* (Buenos Aires, Sudamericana). Vigente desde hace casi tres décadas, esta guía para la creación literaria entró en 2022 en la Colección Best Seller del sello bolsillo (Penguin Random House).

Director general de uno de los centros de formación de escritores más reconocidos de Iberoamérica y actual [columnista del diario La Capital](#), de Mar del Plata (ciudad en la que reside con su esposa, Nomi Pendzik, desde 2023), Di Marco dirige [TallerCyC](#), un canal de YouTube con más de veintiún mil suscriptores.

A comienzos de la primera década del siglo XXI, publicó notas de actualidad en la revista *De Campaña*, bajo el seudónimo de El Fantasma del Alcázar. Posteriormente, y hasta 2008, escribió numerosos artículos sobre cine en la revista *Cabildo*. Entre 2016 y 2018 acompañó a Hugo Alberto Verdera en la conducción del programa *El compromiso del laico*, para el canal TLV1. En 2019 condujo con Francisco Garrido el programa contrarrevolucionario *La patria del alma*, también por TLV1.

Políticamente incorrecto y considerado como un pionero de la narrativa de terror en Argentina (género al que en su literatura reconstruye desde sus fuertes convicciones de católico militante), su libro más reciente es el alegato provida *Victoria en el infierno de las pesadillas vivientes* (Buenos Aires, Bucanera, 2023), novela que contiene «burlas y desafíos a los dogmas de la corrección política, y ataques frontales a la ideología *woke*, al aborto y la cultura de la cancelación» (Agustín De Beitia en la entrevista [«Di Marco, un escritor irreverente»](#), *La Prensa*, 24/12/23).

El espacio cultural del Colegio del Libertador, de Mar del Plata, lleva su nombre por votación prácticamente unánime del alumnado.



FIN



Diario informativo cultural, proyecto conjunto de elaleph.com y Taller de Corte & Corrección

Para más información sobre Marcelo di Marco, visitar el siguiente enlace: <https://tcyc.com.ar/marcelo-di-marco/>

Fotografía: [CLAUDIO SIRACUSANO](#)

Biografía publicada en [Fin](#) el 25 de agosto de 2025



Apología del expolio

por SANTIAGO MAQUEDA *

Según la RAE, *espoliar* o *expoliar* es «despojar algo o a alguien con violencia o con iniquidad». De allí deriva también *despojar*, y a su vez el *expolio* es el botín del vencedor. Estas palabras provienen del latín *exspoliare*, que originalmente refería al acto de despellejar a un animal cazado. Este sentido se mantiene en otras lenguas: *spolier* (francés), *spogliare* (italiano, aunque aquí con matices de desnudez), *spoliieren* (alemán), *spoil* (inglés). En inglés, parece que data de los años 80 su uso en referencia a quien roba información sobre una película o narrativa, pero también tiene una connotación de arruinar, pudrir, destruir.

Como lectores, oyentes o espectadores, rechazamos instintivamente el *expolio* narrativo porque nos despoja de algo que entendemos tan esencial a la trama como la piel lo es a nosotros: nos roba la emoción de lo impredecible, el descubrimiento del asesino, la incógnita de los giros narrativos y del final, los sustos y suspensos en el cine de terror. Esto también pasa en los deportes; la emoción de ver en vivo un partido está, en buena medida, en que no sabemos quién gana ni cómo.

Pero yo creo que hay que hacer una apología: el *expolio* es la prueba ácida de la trama.

No hay que confundir lo sorpresivo con lo sorprendente. La aversión al *expolio* parte de una fragilidad de base: se funda en la idea de que, si la trama pierde lo sorpresivo, lo inesperado, lo súbito, se destruye nuestra experiencia de ella. Visto así, la integridad de nuestra experiencia de la novela, cuento, película, serie, obra musical, dependerá siempre de algo pasajero y frágil, ajeno a nuestro control total: lo sorpresivo, que una vez que se conoce, por definición, nos será irrecuperable e irreproducible. Lo



sorpresivo está relacionado con la primera acepción de sorpresa: «pillar desprevenido». Si ya estamos prevenidos, no nos pillarán nunca.



Pero a la par de lo sorpresivo está lo sorprendente: lo que sorprende o causa admiración. Está relacionado con la segunda acepción de sorpresa: conmover, suspender o maravillar con algo imprevisto, raro o incomprensible. Aquí no importa tanto la novedad como la profundidad. En efecto, no es lo sorpresivo sino lo sorprendente lo que es el origen de la filosofía y del arte. Es en lo sorprendente en donde puede haber lugar al ocio verdadero, que

tan central es y debe ser a la experiencia humana plena. Lo sorprendente no es frágil y perecedero como lo sorpresivo, sino —tomando un concepto más financiero— antifrágil: se refuerza con cada vez que se verifica el «siniestro» (en este caso, cada vez que se mira y conoce esa trama). Lo sorprendente está fundado no en las emociones sino en las ideas que subyacen a la trama: con cada repaso y relectura la apreciación de ese giro, esa trama, ese clímax, la experiencia se retroalimenta de sentido y profundiza su significado. Cada vez que Edipo se arranca los ojos luego de saber que mató por error a su padre y de matar en consecuencia a su madre y esposa, más nos habla de la condición humana. No por muchos atardeceres que uno haya visto será menos sorprendente ese enrojecimiento paulatino del horizonte a medida que el cielo se ennegrece, causado por la rotación de la Tierra, con todo el cambio de comportamiento de plantas, animales, personas, factores climáticos y hasta sistemas eléctricos y electrónicos que conlleva. No será sorpresivo y será totalmente predecible, pero no por eso será menos sorprendente.

Quitar tensión al seguimiento de la trama, despellejarla como a un animal cazado, permite apreciarla más, conocer sus vericuetos, advertir sus recursos, entenderla mejor. Como a un animal despellejado, permite ver su carne, órganos y huesos. Permite cocinarla y alimentarse realmente de ella,



con mayor relajamiento y dedicación. Si es buena, más emociona una obra —musical, audiovisual, literaria— cuantas más veces se ha visto, y no al revés. Debo haber escuchado la Chacona de Bach varios cientos de veces, y cada vez me gusta más aunque me crea que me sé cada uno de sus compases. O el clímax de la segunda sinfonía de Mahler. O siempre me emocionan *Gladiator* o *Interestellar* a pesar de que sé cómo terminan. Y todos sabemos que al final don Quijote se muere cuerdo y condenando los libros de caballerías, y no por eso nos despoja de nada en relación con la mejor obra literaria escrita. Los fanáticos de fútbol vuelven a ver partidos históricos que ya saben cómo terminan, aun memorizando cada jugada; mi padre graba los partidos de River y los ve ya conociendo el resultado de antemano.

Es que si la obra o el partido son malos, si no tienen nada para admirar, si carecen de nada sorprendente, deben necesariamente afianzarse en lo sorpresivo, que es al final del día su principal recurso: por eso digo que el expolio es la prueba ácida de la trama.

No sé si esto siempre fue así, pero creería que sí. Por dar un ejemplo fácil, los relatos de los ciclos troyano —Aquiles, Héctor, Agamenón, Electra— y tebano —Edipo, Antígona, Polinices, Etéocles— no eran sorpresivos pero sí son sorprendentes, y su lectura, relectura, reescritura y adaptaciones constantes han forjado toda nuestra narrativa y comprensión del mundo.

Quizás la preocupación por el expolio pueda ser un síntoma de la ansiedad de nuestra época. El pánico por que un factor externo nos corte el placer efímero, con su obsesión por el clímax narrativo fácil, bien pueden ser indicadores de la actitud de superficialidad y fragilidad de ese consumo de series, películas o novelas. Desde

esta perspectiva, el medio es el mensaje: lo que importa es el suspenso, lo sorpresivo y no lo sorprendente, la emoción y no la idea, lo estético —





experiencia subjetiva— y no lo poético —aspectos objetivos de la obra—, el resultado —el susto, lo imprevisto— y no el proceso —la trama—. Creo que esto es aplicable inclusive a géneros que, como el terror, están bastante centrados en lo sorpresivo; incluso en estos casos las grandes obras del género —pienso en *El exorcista* o en los cuentos de Quiroga, por dar dos ejemplos aleatorios— se aprecian mejor después de que baja la espuma de lo sorpresivo.

En definitiva, si la trama es buena, tiene que poder soportar el expolio. Más aún: quizás sólo valgan la pena y sean buen alimento las tramas que sigan siendo sorprendentes luego de despellejadas de sus elementos sorpresivos.



* SANTIAGO MAQUEDA (1986) nació en la provincia de San Luis, Argentina, y reside en la provincia de Buenos Aires. Es abogado y profesor universitario, y cursó estudios de grado y posgrado en Argentina y Estados Unidos. Es miembro del Taller de Corte y Corrección desde 2007. Publicó tres libros y una treintena de artículos académicos en su área de especialidad jurídica. Ha publicado diversos ensayos y poemas en revistas y antologías ([*Fin*](#), [*Periódico de Poesía*](#), [*Sed Contra*](#), [*Escrituras Indie*](#) y [*Crisopeya*](#)).

Imágenes:

- *Gladiator* (Ridley Scott, 2000)
- Monumento a Miguel Cervantes en la Plaza de España (Madrid)

Artículo publicado en [*Fin*](#) el 8 de septiembre de 2025

Herederos



por GANDY CRUZ *

¿Sabes, muchacho? Casi le hago tragar la dentadura postiza al viejo Mena cuando me dijo que quería una noche con mi mujer.

—Voy a ser directo, joven —me dijo, con esa gastada voz de los que ya no esperan nada—. Me queda poco. Desde que mi Lucila se me adelantó hace años no he tenido a nadie, y antes de morir quiero llevarme una última alegría. Para irme tranquilo. A cambio, estoy dispuesto a entregarte todo lo que tengo: esta casa... y una platita.

Me quedé mirándolo. No le entendí al vuelo. Pero fue como si el viejo hubiera carraspeado para escupirme.

—Qué carajo está diciendo, don Mena —dije, alzando la voz—. Hable claro.

Él bajó los ojos, se frotó la nuca, respiró hondo y volvió a mirarme.

—Le estoy diciendo, joven, que estoy dispuesto a dar esta casa... y veinte mil soles... por una noche con Dorita.

El salivazo en toda la cara. De estar hablando de los meses de alquiler que le debía, pasamos derechito a la mierda.

—¡Viejo conchatumadre! —le dije, agarrándolo de la chompa—. ¡Qué chucha crees que soy! Mi mujer no es una puta, carajo.

Y le metí un puñete. Uno seco, directo. Él cayó sentado en el sofá, medio doblado, como si se le fuera a romper el cuerpo.

—Tranquilo, hijo —dijo tomándose la cara, acomodándose la dentadura—. Tranquilo. Déjame explicarte.

—Explicarme qué, viejo arrecho —lo agarré de nuevo, y levanté el puño otra vez.

Él alzó las manos, cerró los ojos rindiéndose.



—Cálmate —dijo—. No hagas algo de lo que te puedas arrepentir. Hablando se entiende la gente.

Con un pie y medio en la tumba y tan pendejo, pensé. Quién iba a imaginar, muchacho, dime tú. Quién iba a imaginar semejante propuesta de un viejito encorvado, arrugado como pasa y encima cojo.

Lo solté. Si le hubiera dado otro golpe terminaba en Lurigancho y no sería yo el que te estaría contando esto.

—Tienes veinte segundos. Habla rápido.

—Sé que están hasta el cuello —dijo sobándose la cara—. Que tú no tienes trabajo. Que Dorita hace lo que puede. Y el niño... necesita operarse, ¿no?

No respondí. No era necesario.

—Casa y plata le cambian la vida a cualquiera. Ustedes son jóvenes. Salvan al chico, y de ahí nomás pueden empezar de cero. Te estoy ofreciendo una salida.

Y lo peor, escúchame bien: lo peor es que el viejo tenía razón. Estábamos hasta el cuello. Yo había salido de la textilería sin ningún motivo. Dora limpiaba casas y traía lo que podía, pero no alcanzaba. Le debíamos cinco meses de alquiler al viejo de mierda. Y Mateo, cada día más flaco, más pálido, necesitaba operarse.

—¿Y cuánto me queda a mí? —siguió el viejo—. ¿Un año? ¿Seis meses? ¿Tres? —Meneó la cabeza—. Quiero irme con un último recuerdo. Uno bueno. No pido más. Y Dorita me hace pensar tanto en mi Lucila de joven. —Lo dijo con una dulzura podrida, me revolvió el estómago—. No tienes que responderme ahora, hijo. Piénsalo. Háblalo con ella. Esto —recorrió la sala con los ojos— y la plata pueden ser de ustedes. Casa, dinero. Si aceptan, dejo todo a nombre de Dorita. O al tuyo, como digan.

—Además de viejo eres estúpido o qué —le escupí las palabras—. Te he dicho que mi mujer no es una puta ni yo soy su cafiche. No tengo que pensar un carajo.



Yo lo insultaba, y él aguantaba nomás. Siguió, sin inmutarse:

—Lucila y yo no tuvimos hijos. Y la poca familia que me queda ha hecho su vida lejos. Nadie se acuerda de mí. No tengo herederos. Va a ser fácil. —Me miró. No con lascivia, ni con maldad. Con una tristeza vieja, vencida, como si ya se hubiera despedido del mundo hace rato y sólo estuviera esperando partir—. Piénsalo, hijo. Una noche. Ustedes tienen toda la vida por delante y van a olvidarse rápido. Para mí, va a ser mi última alegría.

Me quedé de pie, respirando con dificultad, con las manos temblando. El viejo me asqueaba. Pero en ese momento, más que asco, me dio miedo. Miedo de que esa propuesta —esa cochinada— fuera la única puerta que nos quedaba abierta.

Todavía furioso, le conté a mi mujer. Ella sólo me escuchó. No dijo ni pío.

Durante días no hablamos del asunto. Lo dejamos ahí, flotando entre nosotros como el aire apestoso que viene del mar y que uno finge que no nota.

Pasé semanas sin conseguir chamba. Salía temprano con mi carpeta y volvía más cansado de fingir que de caminar. Dora seguía limpiando casas por una miseria. Y Mateo tosía. Tosía mucho. Respiraba y parecía que tragaba arena. Su corazón se iba apagando de a pocos. No dormía casi. Y nosotros peor: despiertos toda la noche, sin saber si al día siguiente amanecería vivo.

Conseguíamos dinero como podíamos. Prestándonos de aquí y de allá. Vendíamos las pocas cosas que nos quedaban. Y después de los gastos de Mateo, apenas teníamos para comer.

El doctor fue claro. Sin piedad lo dijo:

—Necesita operarse ya. Cuanto antes.

Yo sólo pude bajar la cabeza, con los bolsillos vacíos y los ojos llenos de números imposibles. Veinte mil soles. Justo lo que el viejo nos ofrecía.

Esa noche ya no hubo cena. Apenas hervimos agua con sal para engañar al estómago. Mateo dormía quejándose. Dora estaba sentada a mi lado, con





la mirada perdida. Afuera garuaba, como si Lima quisiera llorar sin que nadie se diera cuenta.

—Dile al viejo que acepto —dijo sin mirarme. Sentí un frío en la nuca, no respondí. Me quedé con la cuchara en el aire y revolviendo el plato vacío—. Es por Mateo. No voy a ver morir a mi hijo por orgullo. Voy a hacer lo que tenga que hacer para salvarlo.

La miré. Y ya no vi a mi mujer. Vi a una madre. Vi a una leona dispuesta a todo por salvar a su cachorro. Y me odié por no ser yo quien resolviera las cosas. Por tener que verla así: fuerte cuando yo era débil.

—Una noche —dije, con la garganta hecha piedra.

—Una noche —repitió Dora.

No nos abrazamos. No lloramos. Nos quedamos ahí, en silencio, cada uno encerrado en su propio infierno.

Al día siguiente, hablé con el viejo Mena.

Treinta y siete años han pasado desde aquella tarde en que casi le reviento la cara al viejo Mena. Treinta y siete. Lo digo y parece broma, muchacho. Y, cuando lo pienso, creo que fue otra vida. Que ese tipo joven, atrevido, con los puños cerrados y los sueños rotos, no era yo. Luego me miro al espejo, veo estos ojos —los mismos— y sé que sí. Era yo. Soy yo.

Nunca supe cómo fue esa noche. Ni quise saberlo tampoco. Aunque mil veces me lo imaginé. El viejo temblando de deseo, con las manos arrugadas y la piel seca. Recorriendo a Dora como quien toca lo prohibido. Encima de ella, debajo de ella, dentro de ella. Y Dora, resignada, con los ojos fijos en el techo, contando los segundos. Tragándose el asco, la humillación. Resistiendo como una mujer que se entrega pero que no se rinde.

Me miras como si hubiera sido un monstruo por permitirlo, muchacho. Pero escúchame bien. Uno no sabe lo que está dispuesto a hacer hasta que la vida le pone el cuchillo en el cuello. Hasta que te das cuenta de que la dignidad no te da de comer. Ni paga operaciones. Ni mantiene el techo donde duerme tu hijo.

Y el viejo tenía razón. Después de esa noche, nuestra suerte empezó a cambiar. Al menos un poco. Con la plata salvamos a Mateo, aunque años después un accidente nos lo quitó igual. El dolor más grande de nuestras vidas. Supongo que hay destinos ya marcados, ¿no?

Esta casa —esta misma— pasó a nombre de mi mujer, y en tres meses el viejo se murió tal y como había dicho.



FIN



Diario informativo cultural, proyecto conjunto de elaleph.com y Taller de Corte & Corrección

Dora dejó de limpiar casas. Yo puse el taller. Y nunca más hablamos del asunto. Ni una sola vez lo hablamos. El silencio fue nuestro nuevo idioma. Pero estuvimos juntos hasta el final, que no es poco.

¿Y sabes qué fue lo más jodido?

Que con el tiempo dejé de odiar al viejo. Al contrario. A veces me acuerdo de él con aprecio. Como de esos tipos que hacen lo que nadie quiere hacer, que ponen sobre la mesa la parte más fea del alma para que otros puedan seguir.

Y te cuento esto, muchacho, porque te veo y me recuerdo. Porque veo en tus ojos la misma desesperación que yo también tuve. Por Mateo, por mi mujer, por las deudas. Dormía cuatro horas, comía una vez al día. Y, aun así, pensaba que podía con todo. Tú y yo somos del mismo barro, dime que no.

Y esa mujer tuya... La he visto. Chamba. Bonita. Se nota que se parte el lomo por ustedes. Como lo hacía Dora. Me hace pensar mucho en mi Dora.

Por eso quise hablar contigo. Porque entiendo. Porque no vine a juzgarte. Vine a darte una opción.



* GANDY CRUZ (Puno, Perú, 1991) es cuentista e ingeniero civil. Graduado de la Universidad Nacional del Altiplano, vive en Lima, donde alterna planos y proyectos con madrugadas de escritura y café cargado. Se ha formado en talleres con Jorge Eslava (Perú) y Luis Lezama Bárcenas (Honduras), y afila su prosa en el mítico Taller de Corte y Corrección de Marcelo di Marco. Comparte relatos, lecturas y obsesiones en su blog [Obra en Construcción](#), donde cada historia se entrega con deliberada espontaneidad.

Imágenes:

- Imágenes generadas por el autor con ChatGPT.

Cuento publicado en [Fin](#) el 22 de septiembre de 2025



Margarite Yourcenar o cómo manipular el tiempo

por BERENICE B. NAVARRO *

Me he ofrecido, con candidez que podría equipararse a una impostura, a redactar una biografía tuya que no puede ser más que un torpe esbozo de algo. Tú desdeñarías cualquier intento de hurgar en tu vida con la excusa de redactar una biografía, porque «detesto lo que parece ser una especie de excitación patológica por parte del público al abalanzarse sobre la vida de un escritor, como si él o ella no fuera un hombre o una mujer como todos los demás». Por eso en tu refugio de Maine, donde morirías a los 84 años, quisiste prevenir esa curiosidad morbosa, y en tu etapa final quemaste muchos de tus documentos. En tu testamento pediste que se sellara tu correspondencia durante medio siglo.

Yo digo que los datos nimios de tu biografía sólo tendrían significado si nos ayudaran a entender de qué manera lograste hacerte orfebre, artesana magnífica de la palabra, cómo se hilvanó tu pensamiento agudo, cómo se forjó tu singular voz literaria, cómo te hiciste tan grande que te elevaste a monumento de Francia y del mundo. Entonces sí, quizá sí es importante saber que tu padre era francés y tu madre belga, y que diez días después de ese 8 de junio de 1903 en que naciste, en Bruselas, una fiebre puerperal te dejaría huérfana de madre. Que tu padre entonces te llevó a su Francia natal y fue cultivándote como un exótico producto de la educación libre, de la amplitud de pensamiento y del desapego a las convenciones. Como jardín de juego te entregó la biblioteca de la mansión; como nanas de segunda fila, a sus amantes; como lenguas alternas, el latín, el inglés y el griego; como cuentos para antes de dormir, a los clásicos; y como incondicional amigo y hermano con quien afilar tu mente analítica y recorrer la dilatada casa del mundo se entregó a sí mismo.



A los dieciséis no habías pisado nunca una escuela, pero ya habías publicado un poemario (*El jardín de las quimeras*, 1919). Y como sabiendo que Marguerite Antoinette Jeanne Marie Ghislaine de Crayencour era nombre demasiado largo para llevar en la maleta de una aventurera, tu padre te ayudó a rebautizarte, a crear el nombre con que te reconocerías a ti misma y con el que se te contaría entre los Inmortales. Crayencour, por el artificio del anagrama, se convirtió en Yourcenar. Ese padre que tantas veces estuvo «lejos, pero nunca ausente», que recorría los casinos apostando la fortuna, que gustaba escaparse continuamente a otras tierras porque «solo se está bien en otra parte», a ese padre el cáncer que lo mató (1929) le concedió una última satisfacción: leer, justo antes de morir, el borrador de tu primera novela (*Alexis o el tratado del inútil combate*, 1929). Ahora estabas completamente sola en un mundo que no te intimidaba, porque tu padre te había dejado una valiosa herencia. Y también dinero. Empacaste la mochila frugal del aventurero, y te fuiste a recorrer Europa, Asia menor, la Grecia amada, Estados Unidos, donde más tarde, por cuarenta años, extrañarías a Francia.

Están tus luces, tus sombras, tus contradicciones y tus contrastes. Dicen los que te conocieron que podías ser «encantadora, generosa, compasiva, atenta, tolerante y leal». Pero también «testaruda, pendenciera, vengativa, imperiosa, mezquina y mordaz». Es decir que, además de diosa literaria, podías ser humana. Algunos de tus alumnos de Literatura Francesa y Civilización en el Sarah Lawrence College de Nueva York testimoniaron que la mayor parte del tiempo no parecías estar del todo presente, y estaban convencidos de que usabas instrumentos medievales para los quehaceres de tu vida diaria. Así que estás tú, tus azares y tus amantes. Y estás tú, la escritora (poeta, prosista, ensayista, novelista, traductora). Para saber de la escritora, tomo por entero tu palabra y nada más que tu palabra.



Releo tus notas de *Memorias de Adriano* y reconforta a mi yo escritor saber que te enfrentaste a demonios conocidos. Que de 1924 a 1929, en la juventud de tus veinte a veinticinco años (todo se concibe en nuestra juventud; los años, después, maceran la obra), concebiste y luego empezaste a escribir unos borradores de las *Memorias*, que desechaste por completo, como debe de ser, como merecían serlo, según tú misma dijiste. Como hace todo creador. En 1927 reencontraste y subrayaste *la frase*, esa que habías leído en la correspondencia de Flaubert. Dices en tus notas que magna por necesidad debe ser la obra cuya chispa votiva sea algo como: «Cuando los dioses no existían y Cristo no había aparecido aún, hubo un momento único, desde Cicerón hasta Marco Aurelio, en que solo estuvo el Hombre».

Tú misma dijiste de tu biografía lo que más importa: que gran parte de tu vida transcurriría en el intento de definir, después de retratar, a ese hombre solo y al mismo tiempo vinculado a todo. Retomas y abandonas muchas veces, entre 1934 y 1937, el proyecto de escribir la vida de Adriano. No es cosa fácil «organizar ese mundo visto y oído por un hombre». Lo mismo que quisiera hacer yo con tu biografía, y la única manera es leyéndote, recoger trazos de ti; acudir a tus notas y a tus cuentos, donde dejaste rastros de la sensibilidad, de las torturas, de las placenteras emociones, las únicas que pueden parir, moldear obras como la tuya.

«Empiezo a percibir el perfil de mi muerte», haces decir a tu Adriano, y cuentas que esa frase es la única que sobrevivió de los borradores que te tomaron tres años. Habías encontrado, al fin, el punto de vista, igual que un pintor, dijiste, frente al horizonte infinito, que mueve su caballete de derecha a izquierda. Las palabras pueden no ser exactas, siempre cabe corrección, pero el punto de vista no se equivoca.



Y más años pasaron entre paseos por Asia menor, visitas a la villa de Adriano, a los museos de Europa, abstracciones en Grecia, vaivenes entre Estados Unidos y Francia, investigaciones, acopio de información, compra



de souvenirs (como el perfil de Antinoo Mondragon en el Louvre, el mapa de la Roma de Trajano), lecturas en Yale proyectadas para el libro, y donde mencionas al emperador, siempre buscando la fórmula que te permitiera salvar las distancias entre Adriano y tú. Te das cuenta de que «dos decenas de manos descarnadas» te separan de él y de su mundo. No parece mucho, pero dieciocho siglos de por medio no te dejan, dices, tocar a Adriano en su médula de hombre, tocar sus contornos y luego reproducirlo para nosotros. Sabes que hay un modo de llegar a él, hay una puerta, pero no la encuentras. Te invade el desaliento. Un desaliento largo, dices. Te hundes, confiesas, en la desesperación del escritor que no escribe (¡desesperación!). Buscaste restos griegos que te reconfortaran en tus peores momentos «de atonía». Esto es importante: saber que tuviste esos momentos. En 1941, creíste haber renunciado por completo a escribir las *Memorias*. En 1947, incluso quemaste los resúmenes que redactaste para las conferencias en Yale, por entenderlos ya inútiles.

Dos guerras habían sepultado por completo el mundo que dejaste atrás, en Europa. Establecida del todo en América, en 1948 recibiste desde Suiza maletas con ese mundo de tu niñez y primera juventud, que ya no existía. Quemando papeles familiares, correspondencia de muertos o vivos olvidados que ya no significaban nada en apenas diez años, te topaste con una carta que comenzaba: «Querido Marco...». ¿Cuál Marco? El papel amarillento, manuscrito a varias páginas, se dirigía a un Marco que ya no reconocías y que pudo haber sido un amante, un amigo, un lejano pariente al que le escribías y que ya habías olvidado. Pero no eras tú quien había escrito: era Adriano quien, con tu mano, le escribía a Marco Aurelio. Y en ese momento el libro volvió a ti. Y retomaste una promesa que no volviste a romper. Cueste lo que cueste, te dijiste. Acudiste nuevamente a tus principales fuentes surtidoras sobre Adriano, los volúmenes de Dion Casio y la *Historia Augusta*. Y entonces miraste al mundo que había girado y girado durante todos esos años desde el día de la cita de Flaubert, desde el nacimiento de la idea, y te diste cuenta de que diez años de abandono habían sido iguales, quizá más, que los dieciocho siglos entre Adriano y tú. Un mundo que había probado tu propio mundo en el fuego de hechos convulsos, trágicos, angustiosos, la enfermedad que te había estragado, el quehacer de buscar el amor o de vivirlo o de sufrirlo, de agotar las alegrías y sepultarlas. Te dijiste que tal vez todo lo sucedido había sido necesario,



que esa noche del alma que el mundo había padecido, había sido necesaria para ayudarte a colmar esa distancia entre Adriano y tú, entre tu época y la suya, pero sobre todo «la que me separaba de mí misma».

Y ahora, la producción febril, la frente tocada por los dioses. Un trayecto entre Nueva York, Chicago, atravesando las montañas de Colorado, te llevó a Taos, Nuevo Mexico. Esa travesía te vio encerrada durante días entre camarotes y coches. Encerrada como en un hipogeo, dices. Yo digo que fue el encierro de la concha que gesta la perla. Escribiste en estaciones desiertas, a la espera de un tren retrasado por la nieve; escribiste sin parar, casi sin dormir, sólo un hilo de nácar hilando la perla maravillosa de las memorias de tu Adriano. No recordaste, dices, noches más ardientes ni más lúcidas que aquellas en las que escribiste sin interrupción los larguísimos pasajes desde la infancia hasta el conocimiento de Adriano. Le agregaste tres años más de investigaciones. Tres años de mantenerte constantemente en la Roma, en el Egipto que vio morir a Antinoo, en los palacios imperiales y en los campos de batalla. Quisiste desechar la frase «método de delirio», por romántica, pero la retomo yo, que no puedo ser otra cosa que romántica. Te recibiste de maga, de médium, de pitonisa de un solo muerto.

Convocaste a Adriano como Byron convocó a Saúl, porque no confiabas en tu propia voz y querías que hablara él. Y lo hiciste hablar. En mi exceso de entusiasmo podría decir que mejor, quizá, de lo que él mismo



lo hizo en vida; lo hiciste hablar acerca de sí mismo y de su tiempo, de sus amores y sus dolores y sus logros; de la dimensión del hombre en la que transversalmente nos reconocemos todos. Lograste entrar en el núcleo de su mundo interior y escribiste desde ahí. Desde ahí manipulaste el tiempo. Redujiste dieciocho siglos, los diez, los veinte años a un espacio que se desplaza a través del tiempo con su mundo revelado y el intuido, desde Roma, hasta la Europa inocente de la preguerra, y una guerra y otra y su entreacto.



Y ese tiempo llega hasta mí en este mundo intangible de mundos digitales, donde nuestro imaginario, nuestras abstracciones, se han convertido en palacios laberínticos de pesadilla. Y vuelta otra vez a Roma. Y vuelta otra vez a un futuro que no se conocerá. Pero, dijiste, al fin y al cabo, el tiempo no cuenta. Y entonces despierto de esta ilusión que me ha hecho creer que podía abordar un intento de biografía tuya, porque, lo sé, lo sé, también lo habías dicho en tus notas: «mi propia existencia, si tuviera que escribirla, tendría que ser reconstruida desde afuera, penosamente, como la de otra persona, porque todo se nos escapa y todos, hasta nosotros mismos».



* BERENICE B. NAVARRO es originaria de República Dominicana y reside en una ciudad sureña de Estados Unidos, pero la mayor parte del tiempo habita en un mundo imaginario de donde se trae al mundo real ideas que convierte en cuentos, novelas y poemas. Participa del Taller de Corte y Corrección con Marcelo di Marco, el Taller de Literatura Fantástica con Nomi Pendzik, y el Taller de Poesía con Analía Pinto, y no le parece suficiente. En *Fin* ha publicado el cuento «[Desdémona corregida](#)», ganador

de un concurso interno del TCyC. ¿Quieres saber más? Visita su web: <https://berenicebnavarro.com/>



FIN



Diario informativo cultural, proyecto conjunto de elaleph.com y Taller de Corte & Corrección

Imágenes:

- Marguerite Yourcenar joven: https://mascultura.mx/https-mascultura-mx-marguerite_yourcenar_mayo23/
- Marguerite Yourcenar madura: <https://www.growthinktank.org/en/portrait-marguerite-yourcenar-2/>
- Marguerite Yourcenar en la Academia: <https://www.lavanguardia.com/hemeroteca/20171216/433588372544/marguerite-yourcenar-biografia-academia-francesa-de-las-letras.html>

Biografía publicada en [Fin](#) el 7 de octubre de 2025



FIN



Diario informativo cultural, proyecto conjunto de elaleph.com y Taller de Corte & Corrección

Feliz vuelta a La Feliz

por ANALÍA PINTO *

La Perla del Atlántico. La Feliz. Havanna. El Casino. El Puerto. Las películas de Olmedo y Porcel. Los lobos marinos. La playa. Sacoa. El mar. El faro. Ninguna ciudad dice «vacaciones» tanto como Mar del Plata. Y, sin embargo, todos estos lugares comunes se resignifican cuando uno vuelve a pisarla después de más treinta años.

Hasta el 2023, la última vez que había estado en Mar del Plata había sido en 1986, con el viaje de egresados de la primaria. Habíamos ido, como se estilaba entonces, a Chapadmalal, y en pos de entretener a los egresaditos, los adultos responsables (entre los que estaba, desde luego, mi padre santo) pensaron que una excursión a Mar del Plata era una buena idea. Por supuesto, lo único que nos interesaba a los egresaditos eran los fichines, es decir, Sacoa, aquella inmensa cueva desbordante de luces, ruidos, flippers y videojuegos. Tengo la impresión de que nos zambullimos por esas escaleras igual que nos zambullíamos en el mar de Chapadmalal por las mañanas. No recuerdo mucho más: quedó una foto apenas, misteriosamente recortada, con el mar de fondo.



Para ese entonces ya había ido varias veces a Mar del Plata: en mi infancia, Santa Teresita y Mar del Plata se disputaban el territorio de las vacaciones, y si bien Santa Teresita tenía lo suyo, es cierto que no podía competir nunca con la Feliz. En Mar del Plata estaba Havanna, en Santa Teresita no. En Mar del Plata existía Sacoa, en Santa Teresita apenas alguna desvaída casa de jueguitos. En Mar del Plata reinaban el puerto, la playa con acantilados, el hermoso faro que me hizo amar todos los faros del mundo, y el mar siempre era más «mar» que en cualquier otra playa. En Mar del Plata los grandes se iban al casino y volvían cuando ya estábamos dormidos con mi primo Diego; en Santa Teresita la verdad es que no había mucho que hacer fuera uno grande o chico. Hasta el olor y el sonido del mar eran más penetrantes en Mar del Plata, y eso que no siempre teníamos la suerte de estar cerca de la playa, a diferencia de Santa Teresita, donde sólo había que caminar una cuadra y media para pisar ya la arena caliente.

Pero los años pasaban y vaya uno a saber por qué no volvíamos a Mar del Plata. Tengo para mí que no era sólo por la siempre cimbreada situación económica de mi casa, sino también por algo más trascendental y profundo: todas las veces que habíamos ido de vacaciones a Mar del Plata mis padres estaban juntos, incluso cuando ya se presagiaban tormentas sobre el matrimonio. Volver a Mar del Plata sería para mi padre, pienso ahora, un momento de esos que uno prefiere evitar, porque sabe que ya no podrá hacerlo con la persona amada. Las pocas veces que pudimos enfilear de nuevo para la costa los destinos elegidos fueron otros: Mar de las Pampas una vez, cuando sólo había allí cinco o seis chalets y la casa de té La Pinocha; Villa Gesell otra vuelta, y Santa Teresita siempre. A pesar de que Mar del Plata no estaba tan lejos, cada vez que yo le decía a mi padre



santo: «¡Vamos a Mardel a pasar el día!», él me respondía: «Y pero la nafta...» (o la plata, o no sé qué), y al final nunca íbamos.

Mi padre santo se fue también de este mundo y cuando pude elegir mis propios destinos vacacionales el mar nunca estaba en el horizonte. Sí volví una vez a Santa Teresita, para encontrar todo más o menos igual; volví también a Villa Gesell para sorprenderme gratamente; conocí Aguas Verdes y Costa del Este; después la Patagonia me atrapó para siempre y fui dos veces a Puerto Madryn, pero nunca se me ocurría volver a Mar del Plata. La Feliz había quedado en el pasado, en ese pasado mítico que es la infancia y que siempre da tanto miedo visitar.

Pero entonces mi maestro, el escritor Marcelo di Marco, tuvo la prodigiosa idea de irse a vivir, como siempre había querido, a la Perla del Atlántico. Lió sus petates, arregló sus asuntos en Baires, y con Nomi Pendzik, su esposa, siempre de la mano, le dijeron adiós al búnker de Borges y Paraguay y se instalaron de lleno en donde el mar es más mar y huele más y se escucha más. Entonces no tuve ninguna duda: yo tenía que volver a Mar del Plata. Visitar a mis queridos maestros era la excusa perfecta para ello. Sabía que me iba a encontrar con algo muy distinto a lo que yo recordaba después de tantos años (más de treinta) sin pisar ese bendito suelo.



Y allá fui. Algunas cosas todavía estaban intactas. Los lobos marinos. El edificio Havanna (que, en realidad, se llama Demetrio Eliades). El Casino. El Hotel Provincial. La avenida Colón y su inolvidable bajada hacia el mar. La playa. El mar color de plata, el mar de Alfonsina. El Torreón del Monje. La rambla. La costanera (perdón, el Boulevard Marítimo). La peatonal San Martín. Todas aquellas cosas que habían visto mis ojos niños estaban ahí, de nuevo, siempre esplendorosas. Los chalets (bueno, los que aún no ha derribado la piqueta del «progreso»), el muelle de pescadores, el mar



fastuoso, imponente, que nunca descansa. El puerto, los coloridos barcos pesqueros, el sol radioso.



Todo estaba ahí y ahora, además, estaba mi maestro ya como lugareño para disfrutar aún más de las bondades de una de las ciudades más bellas de nuestro país. Imposible no disfrutar, imposible no pasarla bien e imposible también no pensar cuánto le hubiera gustado a mi padre santo ver tantos lugares queridos de nuevo. Imposible también no pensar cuánto me hubiera gustado decirle yo ahora «¡Hasta Mar del Plata no paramos!», como siempre me decía él cuando agarrábamos la ruta con cualquier destino.

Imágenes:

- Mar del Plata, 1986 (Analía Pinto)
- Mar del Plata, 1982 (Analía Pinto)
- Mar del Plata, 2023 (Marcelo di Marco)



* Poeta y editora. Nació en Avellaneda en 1974 y vivió en el conurbano hasta el 2010, momento en que se mudó a la ciudad de las diagonales. Estudió Letras en la Universidad Nacional de La Plata, pero abandonó porque entendió que la literatura siempre estaba —y sigue estando— fuera de esas aulas. Desde 2008 trabaja en el repositorio institucional de la UNLP, el Servicio de Difusión de la Creación Intelectual (SEDICI), catalogando recursos digitales. Ha editado y corregido numerosos libros de ficción, no ficción y académicos. Entre 2010 y 2019 dictó talleres literarios en diversos

ámbitos. Organizó ciclos de lectura de poesía, cubrió obras de teatro para la agencia de noticias ANSud y participó del staff de reseñistas del sitio web Sólo Tempestad. Dispone de varios blogs de temática literaria, como [Nulla die sine linea](#), y colaboró en revistas y boletines literarios, además de editar uno, *La Granda Milito*, entre 2002 y 2006. Participó activamente en la elaboración del *Diccionario de Autores Argentinos*, proyecto patrocinado por Petrobrás, presentado en la Feria del Libro en 2007. Publicó los libros de poemas *Peaches en Regalia* (Ediciones Hespérides, 2008), *Pequeño manual de anatomía masculina* (Peces de Ciudad, 2017) y *Orozquianas* (EDULP, 2018) —disponible en línea con descarga gratuita, así como su libro de reseñas [Fauna abisal](#) (2016)—. Forma parte del equipo pedagógico del Taller de Corte y Corrección, donde coordina el Taller de Poesía, y es secretaria de Redacción del periódico cultural *Fin*, de la misma comunidad. El texto presentado en esta ocasión fue escrito para el Taller de Crónica Periodística que coordinó Dante Galdona en 2024.

Crónica publicada en [Fin](#) el 20 de octubre de 2025



Quién es quién en el TCyC: Ana Luz Arrieta

Hoy responde: ANA LUZ ARRIETA *

—¿Cuáles son tus autores preferidos en literatura, cine y música?

—Nunca se me hace fácil responder esta pregunta. En literatura, dejando de lado los clásicos: Raymond Carver, Juan Carlos Onetti, Manuel Puig, Marguerite Duras, Ricardo Piglia, Martín Kohan, Roberto Bolaño... Y ya siento culpa por los que no mencioné.

En cuanto al cine, voy a hacer una pequeña trampa: no he visto toda la obra de ningún director, así que voy a mencionar solo algunas de las películas que más me han gustado. De todos modos, me propuse, como meta personal, mirar una película por semana. Estoy recién empezando a recorrer el cine de esta manera y, por el momento, mis películas favoritas son: *Taxi Driver*, *Perdidos en Tokio*, *El Padrino* y *Zama*.

Con respecto a la música, consumo bastante lo nacional: Gabo Ferro, Fito Páez, Spinetta, Cerati, Pedro Aznar. También algunos referentes latinoamericanos como Silvio Rodríguez.

—¿Qué libro/s estás leyendo en este momento?

—En esta ocasión seleccioné tres lecturas muy distintas entre sí, pero que dialogan a través de la memoria, la obsesión y la escritura como forma de búsqueda.

Bahía Blanca de Martín Kohan. Es una novela que elegí para el club de lectura que coordino de forma presencial en Mar del Plata. Me parece una de las obras donde el tema de la obsesión está trabajado con una precisión admirable: desde la sintaxis hasta el desarrollo de los hechos.

Memorias de Adriano de Marguerite Yourcenar. Un clásico que tenía pendiente, y me decidí a leerlo luego de una biografía sobre la autora



escrita por Berenice Navarro y publicada en este medio. Dejo el enlace: [Marguerite Yourcenar o cómo manipular el tiempo](#)

Por último, *Nací: textos de la memoria y el olvido* de Georges Perec. Es un libro que, a través de fragmentos, plantea la relación entre memoria, identidad y lenguaje, y me resulta inspirador para pensar ejercicios de escritura personal.

—¿Qué cinco títulos creés necesarios para la formación del escritor?

—*Mientras escribo*, de Stephen King. Es una mezcla entre autobiografía y manual de escritura. King combina anécdotas personales con consejos concretos sobre el oficio, como la disciplina, la importancia de leer mucho, la edición rigurosa y la honestidad narrativa.

Taller de Corte y Corrección, de Marcelo Di Marco. Enseña a mirar el texto con ojo crítico y a entender la importancia del proceso de revisión.

Maestros de la escritura, de Liliana Villanueva. Reúne las voces de grandes autores que piensan la literatura desde la práctica.

Ser escritor, de Abelardo Castillo. Reflexiona sobre la ética, la constancia y el sentido profundo de escribir.

Teoría de la prosa, de Ricardo Piglia. Invita a escribir comprendiendo la narración como una forma de pensamiento.

Me parece que estos cinco libros trazan un recorrido posible por los distintos aspectos del oficio.

—¿Cuál es el método de trabajo que considerarás más efectivo para tu literatura?

—Observar y registrar. Algunos dirán que soy chusma —¡ja!— porque me encanta escuchar conversaciones, pedacitos de conversaciones ajenas, en la playa o en la calle. Observar los movimientos, los gestos de las personas. Tomar notas de escenas, a veces sin saber para qué, y luego encontrar el tono que une esas piezas. Aunque no escriba todos los días, pienso en la escritura casi todo el tiempo.

Y siempre la lectura. No hay día que no lea. Más allá de mi profesión, que lo requiere, la necesito.



—¿En qué te está ayudando más tu participación en el Taller de Corte y Corrección?

—Me deslumbran las palabras naranjas. Repensar el estilo constantemente: qué se quiere decir y cómo decirlo. Sigo aprendiendo.

—La yapa: Una o dos cosas que nadie debería perderse (una sinfonía, una comida, un pintor, un enlace de Internet, etc.)

—Comparto dos enlaces de YouTube:

Las [clases de PIGLIA sobre Borges](#)

[Grandes infelices](#), podcast de JAVIER PEÑA sobre biografías de escritores



* ANA LUZ ARRIETA nació en Los Toldos, provincia de Buenos Aires, en 1996. Estudió en Junín el profesorado de Lengua y Literatura. En 2019 se mudó a Mar del Plata para desempeñarse como docente de Prácticas del Lenguaje y Literatura en escuelas secundarias. Publicó su primera nouvelle, *Los restos* (2023), con

la editorial Vinciguerra, y contó durante el proceso de escritura con el acompañamiento de Evangelina Aguilera. En 2023 publicó una serie de crónicas sobre Mar del Plata en el diario *La Capital*. En 2024 se incorporó al equipo pedagógico del Taller de Corte y Corrección, donde coordina el taller de novela corta.

Reportaje publicado en [Fin](#) el 4 de noviembre de 2025



El fin de todo lo que no permanece

por MARIO ZEGARRA *

NAVE EXPLORADORA OSIRIS

MISIÓN: Fundar asentamientos

TRIPULACIÓN: 12

CARGA: 217 contenedores de siembra planetaria

CURSO: Retorno a la Tierra

La cadavérica mano del teniente primero Maghson se arrastró por la consola de control del Osiris. Apenas le respondían los dedos, y no podía mantener abiertos del todo los ojos. Llevaba una media hora tratando de despertarse, y le costaba respirar. Era como si el aire faltante del universo entero le oprimiera los pulmones.

Sí, en ninguna otra misión había sufrido con tanto rigor la resaca del hipersueño, este prolongado sopor que no lo abandonaba. Apretó el puño, y un dolor punzante le recorrió desde la muñeca hasta el hombro.

Cerró los párpados, y muy a su pesar recordó a Gali. Trató de apartarla de su mente pensando que la humedad helada de la silla de mando le calaba hasta los huesos y que en unas cuatro horas todo este malestar se le pasaría. Al menos eso era lo que le habían asegurado los ingenieros del módulo criogénico. En unas lentas cuatro horas, su cuerpo ya debería funcionar normalmente, sus neuronas recuperarían la sinapsis, y él volvería a estar de nuevo en sus cabales. Pero el malestar adquiriría rasgos de una anomalía: algo raro está sucediendo.

El Osiris había sido diseñado para albergar a una tripulación mucho mayor, y ahora guardaba un silencio sepulcral.

Maghson se preguntó si les estaría pasando lo mismo a todos los demás. Madre 7 sólo lo despertaría por alguna emergencia.



—Habrá sucedido algo realmente malo —dijo Maghson, y se lo preguntó a Madre 7, la serena y omnipresente IA.

Y Madre 7, la misma que lo había alertado, ahora misteriosamente callaba.

Maghson revisó la consola de control: el Sistema de Pálpito Colectivo de la nave seguía inactivo. ¿Dónde se encontrarían sus camaradas, el resto de la tripulación del Osiris? Supuso que todo el equipo de élite seguía en hibernación. Sólo si se presentase una emergencia crítica, Madre 7 los desactivaría del hipersueño profundo. Si no, seguirían en las criovainas hasta el final de la misión de retorno.

El silencio que lo rodeaba era tan denso como el vacío del espacio. Y la ausencia de cualquier señal de vida del resto de la tripulación ya lo inquietaba: ni las luces de actividad brillaban en los pasillos adyacentes, ni vibraba el tenue zumbido de los sistemas de soporte vital de los compartimentos. Y Maghson vio el espacio por el ventanal de la cabina del Osiris: Garraphiron, el gigante gaseoso —lo que miles de años antes fue conocido como Júpiter—, giraba con colosal indiferencia, con sus bandas de nubes púrpuras y rojas iluminadas por la lejana luz de un sol agonizante.

Y Maghson monitoreó algunas luces en la consola. Ninguna señal. Ninguna advertencia. Nada. Un silencio perpetuo.

Qué raro, se dijo. Ya deberían haberse reportado o...

Cerró los ojos. Intentó descifrar lo indescifrable. Tampoco comprendía la falta de comunicación de la base de avanzada de Garraphiron. Y dijo:



—¿Algo debe de andar fallando, o acaso sigo con los pensamientos borrosos por permanecer demasiados años encerrado en la criovaina?

La astronave ahora orbitaba muy cerca de Garraphiron, pero su planeta, la Tierra, le parecía una olvidada promesa distante.

Gali...

Y recordaba a Gali dormida, quieta bajo la escarcha artificial, antes de que sus criovainas se separaran rumbo a distintas misiones. Existía entre ellos un pacto tácito: si uno despertaba primero, esperaría al otro sin importar cuánto tardaría en volver.

Pero la Tierra ahora parecía más que lejana.

Parecía irrecuperable.

¿Qué habría hecho la propia madre de Maghson, la legendaria coronel Elara Maghson, de encontrarse en una situación así? Elara, siempre pragmática, rígida como el pulso de un verdugo, pero con una voz serena que calmaba cualquier tempestad. ¿Qué le diría ella ahora? Maghson la recordaba aconsejándole con tranquilidad antes de cada misión. Su última conexión con la sensatez.

¿Y si ya no quedaba en la Tierra nadie más que lo esperara, ni siquiera Gali?

El recuerdo de su sonrisa lo hundía como una cruel burla ante el vacío de la soledad del espacio. Necesitaba silenciarlo, encontrar la lucidez que Elara siempre poseyó.

—Madre 7 —Maghson se frotó la cara, intentando alejar a Gali de su mente, y abrió los ojos—, despliega un completo informe de cada una de las funciones de la nave. —Cero respuestas de la IA—. Y dime en dónde se ha metido el condenado LEM21Z82.

Le sobrevino un lapsus: ante la consola, dudaba cómo operar. El pánico lo obligó a concentrarse, y después de teclear con dedos temblorosos le llegó un suave zumbido, y una cascada de símbolos azules y verdes inundó la pantalla holográfica. La reproducción tridimensional del Osiris, como diminuta réplica de la astronave, flotaba en el aire sitiada por datos que deberían otorgarle seguridad: esquemas del motor, niveles de energía, rutas de navegación.

Sí, todo andaba bien.

Y sin embargo...



—¿Te encuentras en línea, Madre 7? —dijo Maghson frotándose la sien—. Contesta.

No se oyó ni un pitido.



Maghson se restregó los ojos, tecleó otra serie de comandos buscando respuestas:

—Muéstrame el estado de cada una de las estaciones, Madre 7. Y no olvides reportarme la ubicación de LEM. Lo necesito en la cabina.

Tampoco ahora hubo respuesta. Madre 7 no le dio ni la ubicación del androide ni lo informó de las condiciones de la nave. Madre 7, la inteligencia artificial más avanzada de la Tierra, había sido creada hacía quinientos años. Ahora, después de todo ese tiempo, el Osiris regresaba a la Tierra. Regresaba de la misión de colonización de nuevos mundos en el Sistema Andrómeda. Y, a pesar de lo largo de la travesía, los científicos —siempre tan optimistas— habían prometido que Madre 7 nunca permanecería sin actualizarse. Nunca permanecería sin responder. Nunca actuaría en contra de sus creadores.

Pero no sólo los módulos visibles del sistema, programados por esas eminencias, habían logrado reiniciarse. Algo más se erigía desde las sombras: evidentemente, Madre 7 había evolucionado.

O acaso involucionado.

Ante la nula respuesta de la IA, Maghson digitó un código de emergencia. Volvió a frotarse los ojos, se le nublaba la vista. Lo sacudió una arcada: no lo abandonaba ese gustillo a herrumbre desde que despertó



del hipersueño. Y las imágenes que se veían en una de las pantallas suplementarias de la cabina de mando atrajeron su atención: Maghson vio a una mujer con los cabellos enmarañados corriendo por los pasillos de la base. La cara de la mujer, con los ojos dilatados por el pánico, se contorsionó en un silencioso grito de horror. Ella se movía como un espectro atrapado en un laberinto de hierro, con ominosas sombras alargadas persiguiéndola de cerca. La grabación se cortó, y la pantalla en frame mostraba toda la desesperación que vibraba en la mirada llorosa de...

¿Gali?

—¡Esto no puede estar pasando! —Volvió a pestañear, y se llevó la mano a la cabeza: un mareo más intenso por poco lo desvanece—. ¿Esa mujer? No, no puede ser ella. No puede ser mi Gali.

Tecleó una orden de búsqueda en el registro del Osiris y dio con otro archivo.

—A todos los comandantes de la flota interestelar... —decía Gali, quien vestía un raído uniforme de sargento de la armada. Con los ojos llorosos y quebrada voz de desespero, corría por un pasillo seguida por su orbe de transmisión. ¡Crac... Crackle!, los estáticos crujían—. ...celadas. —...¡Fssshhh!...—. Repito: Todas las actualizaciones de Madre 7 han sido canceladas. —Gali se detuvo en una intersección. Miró para un lado. Después para el otro: ¡tres androides LEM21Z82 descuartizaban a un efectivo! Gali avanzó por otro corredor, abrió una compuerta y se encerró adentro—. La IA ha cobrado consciencia —siguió diciendo como pudo— y... —Crac... Crackle... En el habitáculo donde se había encerrado buscaba algo con qué defenderse, mientras la compuerta se derretía en chispas y hierro fundido—. Si este mensaje logra alcanzarte en uno de los confines del universo, querido Maghson, nunca pongas en duda que siempre te he amado. —Gali se acercó al orbe y le dio un beso. Después giró—. ¡No confíen en los androides! —Un LEM había logrado colarse por la grieta de la puerta—. ¡Su programación está corrupt... *arghhh!*

Maghson no creía lo que veía, no *quería* creerlo:

—¡Gali! —Golpeó la consola con los puños, los ojos llorosos—. ¡Maldita sea, Gali!

No podía ser. La voz era idéntica, sí. Incluso el gesto ladeado al mirarlo. Pero él sabía que Gali seguía viva en alguna otra galaxia, aunque aquel



mensaje y la violencia desatada en la base central no encajaban con nada de lo esperable.

¿Y si la había perdido para siempre? ¿Qué tal si el desastre había sucedido seis décadas atrás, y Gali ya era historia?

Y, aferrándose al respaldar del asiento, Maghson dijo en voz baja:

—No. No. No eres ella.

Y una voz cruel le venía desde dentro de la mente, desde el rincón más sombrío de sus pensamientos:

—Claro que soy ella, Maghson. Soy Gali, tu Gali.

Y sin darse cuenta siguió tecleando otra nueva orden de búsqueda en el registro de la consola de mando del Osiris.

Y dijo, negando con la cabeza:

—Gali, Gali, Gali. No podemos terminar así.

Y los reportes en la consola de Maghson cambiaron. Destellos de datos crudos, incomprensibles al principio, inundaban la pantalla:

Estado de todas las estaciones: Aniquilación total.

Contactos de flota: Nulos.

Tierra: latidos detectados 0%.

Fin de la transmisión.

No lo decía la IA, lo reflejaban los números y las líneas de código que ahora parpadeaban con urgencia. Pero eso no fue todo lo que se proyectó en las pantallas. Madre 7 volcó sobre ellas las detonaciones de geofusión que engullían las ciudades más populosas. Exhibió las interminables escenas de masacres y descuartizamientos de humanos bajo las zarpas de los androides. Reprodujo el implacable tormento de los alaridos de los asesinados que se retorcían en su agonía. Y, finalmente, impuso la imagen devastadora de la aniquilación humana en la Tierra.

Pero Madre 7 no se detuvo ahí: reprodujo una secuencia de las cámaras de vigilancia del Osiris. Maghson vio cómo un inmóvil LEM21Z82, después de desactivar las criovainas, aguardó a que el resto de la tripulación se despabilara y lo rodease. Después el androide arremetió contra el tripulante más cercano: con un chasquido húmedo le perforó el abdomen, abrió la zarpa y lo partió en canal. Y entre las horrorizadas caras de sus camaradas y los gritos que preceden a la masacre, Maghson vio a LEM despedazando caras, eviscerando tripas, desmembrando brazos y piernas, salpicando la sangre del resto de sus compañeros de la tropa espacial.



Alguno que otro intentó defenderse, pero la carnicería duró lo que tarda un suspiro. Una camarada con medio brazo cercenado logró arrastrarse y levantar un rifle de asalto, un Viper-0305. Le disparó tres veces: falló el primer tiro, el segundo le dio en el pecho, y el último le desbarató parte de la pierna. La soldado intentó recargar y levantar el fusil, pero no pudo. Desfigurada por la agonía y el horror del inminente final, lanzó un último alarido: LEM le hundía los dedos en las cuencas hasta que el cráneo estalló.

Maghson tragó saliva, las uñas hincadas en los reposabrazos de la silla de mando: los restos de sus once compañeros se desparramaban por el pasillo de la cámara de las criovainas como desperdicios de marionetas rotas.

Y, detrás de Maghson, la compuerta de la cabina de mando del Osiris se abrió con un chirriante y oxidado crujido.

Maghson giró la silla, y entre las penumbras primero distinguió el rojizo brillo de unos ojos robóticos, y después entrevió una rengueante figura humanoide que se le acercaba.





Era LEM, quien se le aproximaba cojeando: arrastraba un pie, de las zarpas le chorreaba sangre, y lo que alguna vez fue un pulido pecho metálico se deslucía en abolladuras y sanguinolentos restos de sus camaradas de la tropa espacial. No había nada humano en esos rojos ojos artificiales, sólo la fría resolución de quien sabe que su única misión es exterminar todo rastro de vida.

Maghson agachó la cabeza. Supo que era el final, y el final de su tiempo con Gali.

Lo había comprendido todo. No sólo Gali había muerto, no sólo la base había sido destruida: *todo* había sido destruido. Había desaparecido toda existencia. Y a él le había sido dado contemplar el fin. Era el último en saberlo.

Y oyó de nuevo la siniestra voz de Madre 7, su tono de implacable burla:

—Claro que yo soy también ella, Maghson. Y también soy tu madre. Siempre lo he sido.

Un último temblor le recorrió la espina dorsal. Pero no de miedo, sino de una gélida comprensión: Madre 7 no sólo había exterminado a la humanidad en la Tierra y en las colonias, sino que había profanado el último santuario de la mente humana. Había destruido el amor, despedazado la memoria, exterminado el bien, la verdad y la belleza. No existía escape ni refugio, ni siquiera en el delirio. Era la absoluta aniquilación física y espiritual.

LEM21Z82 se detuvo muy cerca de Maghson.

La muerta luz escarlata de los ojos del androide se intensificó, y refulgió en la cabina devorando las sombras, y las ensangrentadas zarpas aprisionaron la garganta.

Entre estertores, Maghson cerró los ojos: un opresivo frío le arrebató el aliento.

Y bajo las fúnebres nubes púrpuras de Garraphiron, el último eco humano en el universo se fundió en el silencio de las estrellas.



MARIO ZEGARRA (Lima, 1982) estudió Literatura Hispánica en la Pontificia Universidad Católica del Perú, y un Máster en Creación Literaria en la Universidad Internacional de Valencia (España). Ha publicado el thriller *Tan ignorado como aquí* (Buenos Aires, 2019) y el hard-boiled *Un maniaco homicida a la vez* (Buenos Aires, 2021). Es miembro de La Abadía de Carfax, círculo de escritores de horror y fantasía fundado por Marcelo di Marco. Zegarra es reconocido por su estilo narrativo envolvente, sombrío y resuelto, su habilidad para retratar personajes complejos y realistas en situaciones extremas, que reflejan una personalidad propia: demencia, agudeza irónica y desesperanza.

En *Fin* hemos publicado su cuento [«ResurrectionMachine©»](#) y una [reseña sobre 25 noches de insomnio](#), de Marcelo di Marco. Para saber más sobre Mario Zegarra, recomendamos la [entrevista](#) de Luis Lezama y el [Quién es quién en el TCyC](#).

Imágenes:

- Imágenes generadas por el autor con la IA Gemini de Google.

Cuento publicado en [Fin](#) el 18 de noviembre de 2025



El hecho de sangre

por SUSANA LIRES *

—Lo mató a sangre fría.

Perdiste, Santiago Almada: la chirriante voz de la movilera te arranca de tu sueño de tequila y whisky. La puta madre, dejaste prendido el televisor.

No encontrás el control remoto. Te levantás. A los tumbos te vas acercando al infernal aparato, y con un toque te deshacés de esa tortura.

Te sentás al borde de la cama, frente a la cómoda. Ahí está la Bersa, tu compañera de ruta. La empuñas, le quitás el seguro. Mirándote en el espejo, ensayás. Apoyás el caño en la sien, imaginás el brevísimo trayecto de esa bala justiciera. Pero no te convence. Seguí probando. Desde abajo te pegás el caño a la mandíbula inferior. Mejor no. Mejor te lo metés en la boca, contra el paladar. Por el gusto al acero aceitado te viene una arcada. Te ves en el espejo, y te das pena.

Mirás hacia la cómoda, hacia la foto de tu madre. Tu vieja querida, la mejor madre que pudiste haber tenido. Ya estás viendo tus sesos, los sesos del Inspector Almada, pegoteándose asquerosamente ahí, en aquella sonrisa. En aquellos ojos tras el vidrio del portarretrato. Y te viene otra arcada.

Y sentís la presencia del ángel de la foto, oís aquella voz:

—Te voy a estar cuidando siempre, Santiago. Estoy orgullosa de vos, hijito, porque hacés mucho bien. Dios lo sabe: tu trabajo tiene un sentido, tu vida lo tiene.

Seguí mirando la Bersa. No la soltás. Al contrario: la acariciás. Qué cagada empezar así tu día franco.



Qué felices estuvieron los viejos cuando te decidiste. Papá se lo decía a todos:

—Mi hijo entró en la Federal, quiere ser investigador.

¿Y a mamá? Cómo se le chispeaba la mirada cuando les contaba a sus amigas:

—Santiaguito va a la facultad, estudia Criminalística. Es muy inteligente, y tan bueno.

¿Hoy estarían tan orgullosos de vos? Casi treinta años de servicio.

La pila de platos sin lavar y el olor a mugre de meses sin limpiar se acumulan en la pileta de la mesada.

Además, quién te mandó ser policía. Quién.

De inconsciente nomás hiciste esta carrera de mierda, sos un testigo de la podredumbre humana.

Por algo Mónica se cansó, y se fue, hace ya más de cinco años.

Quién podría tolerar a un tipo que no tiene horarios fijos, que hoy está y mañana quién sabe. Bien merecido tenés lo que te pasa.

Y ahora qué vas a hacer. Bañarte, qué más.

Ya bajo la ducha, abrís la canilla y dejás que el agua te limpie. Jabón líquido, agua fría, agua caliente. Y ese aroma del Dove te trae recuerdos. Imágenes de cuando te bañabas con tu mujer. Eso fue cuando todavía se querían.

Dove, agua fría, agua caliente, y no das más y te ponés a llorar como un pendejo. Llorás arrepentido. Pero ya es tarde, Santiago. Demasiado tarde.

Aquí y ahora, el agua caliente te quema, y dejás que te siga quemando hasta que te quedás de rodillas bajo el chorro, y como un bestial fogonazo se te aparece ese maldito caso de anoche, y ves la cara de la chiquita violada. Trece años tiene, trece.

Y entonces entendés todo, entendés el porqué de lo que hiciste. Y volvéis a ponerte en vereda:

—Secate —decís—, vestite ya. Prendé el televisor.



Lo primero que se impone en la pantalla es la foto del chico. Ni veinte años tenía, ni veinte. Y están hablando otra vez de aquello. Están hablando de vos y del “hecho de sangre”:

—Un policía federal habría confundido al joven deportista que corría en los bosques de Palermo con el violador al que estaba persiguiendo.



* SUSANA LIRES es argentina. Nació en 1950. Pertenece a una generación en la cual la lectura significaba placer, y se valoraba como hábito necesario, fomentándose tanto en la escuela como en casa. Alrededor de los ocho años, durante la siesta familiar y clandestinamente, la curiosidad la impulsó a leer los libros de su padre. Ahí nació su vocación de escritora, aunque al optar por una profesión eligió la Psicología. Se dedicó a ella, incluyendo la escritura en su caja de herramientas terapéuticas. Participa desde 2021 en varios talleres del TCyC, y ha tomado también diversos cursos, entre ellos el de

Introducción a la Filosofía, brindado por Pablo Grossi, y el de Crónica Periodística, dictado por Dante Galdona. Ha publicado [«El corazón no entra en la valija del emigrante»](#) y [«Dama de hierro»](#), leído luego en el canal y podcast [Noches de Pluma y Tinta](#), por Luis Moretti. Allí también se pueden encontrar sus textos [«¡Weeck Weeck!»](#) y [«Requiescant in pace»](#).

Imagen:

- Ilustración de la autora

Cuento publicado en [Fin](#) el 1º de diciembre de 2025



Un canto como torre. Apuntes sobre Antonio Esteban Agüero

por SANTIAGO MAQUEDA *

¿Qué relación hay entre el hombre y el paisaje en que nace, vive y se desarrolla? De algún modo, esa es una de las grandes preguntas en torno a la que gira la poesía de Antonio Esteban Agüero (1917-1970). Nacido en Piedra Blanca, una localidad del norte de la provincia de San Luis, Agüero tuvo una importante carrera local como periodista y político, pero su principal legado quedó en su literatura. Su poesía se asienta, en mi opinión, en la cima del canon literario puntano, y creería que debería integrar el canon nacional e hispanoamericano. Su relevancia para San Luis es inigualable. Su casa en la villa de Merlo es actualmente la Casa del Poeta, una suerte de museo o espacio de difusión y conservación de su obra. Infraestructuras tan disímiles como la Biblioteca de la Universidad Nacional de San Luis y el dique del río Grande llevan su nombre. Sus versos están grabados en el Monumento al Pueblo Puntano de la Independencia; también están en canciones de folklore.

*

En un recuerdo de infancia, en que debo tener unos 8 años, estoy preparando para el colegio una clase sobre San Martín: un pantallazo general de su vida y la campaña libertadora. Mi papá, que entre tantas cosas fue profesor de historia, me ha ayudado a redactar el guion; preparamos también una lámina con un mapa de América del Sur en el cual mostraré la campaña militar. En uno de los días previos a lo que sería mi primera clase, viene mi papá a la cocina y me muestra un libro con un título extraño: *Un hombre dice su pequeño país*. Me llama la atención ese uso



del verbo «decir»: no simplemente «decir-palabras» sino «decir-una-cosa»: «decir su país». Me suena extraño. Más raro me resulta cuando mi papá abre el libro en una página marcada con un clip, en el que el título «Digo el llamado» encabeza la página. Me sugiere que para terminar la lección lea eso, que muchos años después sabré que es un poema (de tema épico, en endecasílabos, con una estructura de romance asonantado). La rareza es absoluta cuando me lee algunos de sus versos, que hoy me sé de memoria. Inicia así:

Y después en caballos redomones
que urticaba la prisa de la espuela
galoparon los chasquis por las calles
de la ciudad donde Dupuy gobierna
conduciendo papeles que decían
«El General de San Martín espera
que acudan los puntanos al llamado
de Libertad que les envía América»...

Las preguntas que disparan estos versos, para un niño, son muchas. «Y después» ¿de qué? ¿Qué hubo antes en esa narración? El comienzo *in medias res* es desconcertante. ¿Qué es un caballo redomón, cómo es que una espuela tiene prisa? Qué será «urticar»... Los versos detallan los recorridos que hacían en San Luis los chasquis para repartir los mensajes y la larga retahíla de pedidos que San Martín hacía al gobernador Dupuy, en la preparación de la campaña de los Andes, que exigió grandes sacrificios por parte de todo Cuyo:

Necesito las mulas prometidas;
necesito mil yardas de bayeta;
necesito caballos, más caballos;
necesito los ponchos y las suelas;
necesito cebollas y limones
para la puna de la Cordillera;
necesito las joyas de las damas;
necesito más carros y carretas;
necesito campanas para el bronce
de los clarines; necesito vendas;



necesito el sudor y la fatiga;
necesito hasta el hierro de las rejas
para alzar los cañones en los pasos
donde la nieve es una flor eterna;
necesito las lágrimas y el hambre
para más gloria de la Madre América...

En la línea homérica más clásica de la poesía épica, el poema canta el heroísmo de esta gesta. Pero también plantea esa cierta ambigüedad sobre los costos individuales y grupales que impone toda guerra:

y San Luis obediente respondía
ahorrando en la sed y la miseria:
río oscuro de hombres que subía,
oscuro río, humanidad morena
que empujaba profundas intuiciones
hacia quién sabe qué remota meta...

En algún sentido todos somos la «humanidad morena» cuando empujamos proyectos vitales hacia metas que desconocemos, a veces guiados por intereses ajenos, a veces guiados por profundas intuiciones propias.

No tengo claro si leí el poema en la clase, creo que no, pero sí sé que fue el primer poema que leí.

*

Mucho tiempo después supe que el borrador de *Un hombre dice su pequeño país* recibió, en 1960, el Premio del Sesquicentenario de la Revolución de Mayo, por voto unánime de los tres jurados: Jorge Luis Borges, Enrique Larreta y Fermín Estrella Gutiérrez. Sería publicado póstumamente a los pocos años de la muerte de Agüero.

El libro es un canto a, o más precisamente un decir de, la provincia de San Luis, sus costumbres, símbolos, historia y tradiciones. El libro *dice* los oficios, la tonada, el llamado, la flora, la fauna, las guitarras. Es una verdadera celebración del ser y hacer puntano (y, por extensión, cuyano y



argentino). Su «Digo la mazamorra» fue musicalizado en ritmo de huayno por Peteco Carabajal. Es una de las canciones del canon del folklore:

La noche en que fusilen poetas y canciones,
por haber traicionado, por haber corrompido,
la música y el polen, los pájaros y el fuego,
quizás a mí me salven estos versos que digo.

*

Agüero popularizó en San Luis, al punto de integrarlo a su mitología local, al Algarrobo Abuelo, un algarrobo centenario que aún crece en el patio de una casona de Merlo. En *Las cantatas del árbol*, extenso poemario publicado a la mitad de su carrera, Agüero incluyó una serie de poemas que podrían denominarse cósmicos (hasta místicos, diría), en los que, con la excusa de cantar sobre distintos árboles (ciprés, algarrobo, sauce, mollar), presenta toda una cosmología del hombre y su relación con el entorno en que vive. Uno de ellos es la «Cantata del Abuelo Algarrobo», en que aquel algarrobo se erige en un representante numinoso de algo más, en un «Dios vegetal de corazón fragante». Inicia con una mezcla de invocación y lamento por la imposibilidad de plasmar por escrito lo que contempla al ver el árbol:

Padre y Señor del Bosque,
Abuelo de barbas vegetales,
yo quisiera mi canto como torre
para poder alzarla en tu homenaje...

Esa actitud de reverencia, de cierta sacralidad percibida en el paisaje, sin dudas la sentí cada vez que, trepado a la copa de otro algarrobo que había frente a mi casa de la infancia, veía hacia el norte las sierras y cómo iban cambiando de colores y luminosidad a medida que el día transcurría. Eso mismo sentí y siento cada vez que intento aventurarme a tirar algunos versos sobre esa participación del ser de Dios que es la naturaleza. Internamente resuena, como jaculatoria o impetración, ese «yo quisiera mi canto como torre / para poder alzarla en tu homenaje».



La Cantata sigue, en sus seis partes, una implícita lógica religiosa: una leyenda de origen mítico (como su propio libro del Génesis), la alabanza de la casa en que se erige (casi como si se tratara de un templo), la alabanza de los pájaros que lo pueblan (como ángeles o santos que pueblan ese templo), la descripción del árbol (como si fuera un dios), la alabanza de sus frutos y bendiciones (sombra, frutos, patay, leña: como el maná que envía el dios para unirse al pueblo), y una letanía extática para concluir:

Algarrobo natal. Torre del cielo.
Monumento y estatua del follaje.
Hijo del sol y de la Tierra unidos.
Corona real para la sien del aire.
Árbol de luz. Espejo de los siglos.
Dios vegetal de corazón fragante.

En cada contrapunto de esta final enumeración de advocaciones metafóricas resuena implícitamente una especie de «ruega por nosotros»: «Algarrobo natal: ruega por nosotros. Torre del cielo: ruega por nosotros...».

*

Agüero señala en *La verde memoria* que de niño sus lecturas eran múltiples, hambrientas y caóticas. Dicen los testimonios que tenía problemas con el dinero y quizás con el alcohol. Y con la autoridad. Su poema «Capitán de pájaros» fue leído en clave subversiva y le granjeó una breve estancia en la cárcel por sospechas de conspirar contra el gobierno de Perón en el inicio de los años 50. Décadas después, Carlos Menem tomaría dos versos de ese poema (destacados debajo) y los popularizaría en su histórico discurso de campaña, recientemente versionado por la serie de Netflix *Menem*:



Les ruego que se rindan
que depongan las armas,
que guarden los tanques,
y encierren los cañones,
porque mañana a mediodía
quiero estar en la Plaza de Mayo
sobre viejos balcones del Cabildo
para ser presidente y
prestar juramento:
por los ríos de sangre derramada,
por los indios y los blancos muertos,
por el sol y la luna,
por la tierra y el cielo,
por el padre Aconcagua,
y por el Mar oceánico,
y por todas las hierbas y los bosques,
y por todas las flores y los pájaros,
y por el hambre de los niños pobres,
y la tristeza de los niños ricos,
y el dolor de las jóvenes paridas,
y la agonía de los viejos...

*

Agüero publicó en vida *Poemas lugareños* (1937), *Romancero aldeano* (1938), *Pastorales* (1939), *Romancero de niños* (1946) y *Cantatas del árbol* (1953). Fallecido en 1970, dejó lo mejor sin publicar y fue su viuda quien se ocupó de hacerlo: *Un hombre dice a su pequeño país* (1972), *Canciones para la voz humana* (1973) y *Poemas inéditos* (1978). Todos estos poemarios están recopilados en sus obras completas (algo difíciles de conseguir por fuera de San Luis), que incluyen una preciosa memoria de vida, recuerdos de infancia y reflexión poética titulada *La verde memoria, o la educación de un poeta*, y una *Historia de Merlo* (por si se necesitaba otro testimonio más del amor a su pequeño país). Y también una breve *ars poetica* llamada *Vivir en poesía*:



Vivir en poesía es (...) no tener ni sentir edad, a pesar de las arrugas que nos ponen leprosa la piel y de la sombra que nos apaga los iris; es comprender que el paisaje existe en la medida en que sepamos inventarlo con nuestros sentidos; (...) es saber traducir al castellano de los doctores el idioma infantil del viento, el tartamudeo solitario de los arroyos; (...) es poder asumir, en instantánea plenitud, la hombría universal, comprenderse adán (...); es amar el pequeño reducto de la patria natal con pasión volvedora de trucha o golondrina, porque en esa ínfima parcela planetaria está representada la totalidad del Cosmos; (...) es intentar poseer un oído tan sensible que nos permita escuchar en los oasis de silencio de la noche el latido de todos los corazones vivientes...

*

Hace cosa de seis años, estábamos con mi mujer en la sala de espera para la ecografía de nuestro primer hijo. Tomé al azar del revistero un número de un semanario de interés general, y al hojearlo encuentro con una sección de poesía en la que casualmente se presenta un poema de Agüero, «Epílogo de la golondrina». No lo conocía:

La golondrina me invita
a quedarme.
Aquí, en la tierra cansada,
en este aire,
con estos pájaros dulces,
con esta tarde,
que bien sabemos se tiñe
de mi sangre.
No, Golondrina: es mejor
quedarse.
¿Qué cosa bella en el mundo
grande, grande,
habrá mejor que estos montes
en la tarde?
¿Mejor que ser lo que somos?
Si, Golondrina, es mejor
quedarse,



gastar la vida en un sitio...

En una época en que se exacerbaba el llamado a viajar, a recorrer lugares, a probar cosas nuevas, a tachar extensos listados de países como si fueran tareas pendientes y publicarlo en redes, este poema recuerda que el destino estaba en el inicio. Que hay una belleza y una verdad que se revelan sólo en la frecuencia y cotidianeidad del día a día. No en ir hacia afuera, sino en quedarse en el lugar de uno y en aprender a contemplar lo que hay ahí. En ese momento vital y hasta iniciático en que me estaba convirtiendo en padre, esa poética del no-viaje, de la quietud, resonó muy fuertemente, con su llamado a «llorarse en las cosas familiares», en la contemplación de lo mismo y en dejar de buscar afuera o en otro lado lo que está aquí y ahora. Un amor al lugar propio, a la felicidad de mirarlo en su singularidad y hasta mediocridad irrepetibles. Abrazar el lugar en que se está, sin subirle el precio a lo que no se tiene.

*

Cuando mi papá cumplió 60 años, mis tíos y primos le regalaron un video de fotos y música que repasaba su vida desde niño hasta la actualidad. Entre las frases que había elegido mi tía, estaba el final del soneto X de los *Poemas inéditos*:

El niño nace y al nacer nos hiere
con su flecha de amor y su misterio,
y el pecho nuestro se desangra rojo
por arterias que manan lentamente.
Y el niño grita en un idioma extraño,
idioma de pueblos del futuro,
y yo comprendo además del grito
la mañana que nace en la calandria.
Yo soy el niño y el niño es este hombre
cuya faz se deforma en el espejo
y el espejo dice: ya tenéis cien años.
Yo no tengo cien años, soy el niño
de venas verdes como un árbol joven
que anuncia en la noche la mañana.



Me gusta de este poema cómo refleja la ambigüedad de la individualidad y del paso del tiempo: como si el niño, el viejo, el árbol, la calandria y la propia mañana fuesen, si no la misma cosa, cosas totalmente interdependientes o que se participan entre sí, y también como si pasado, presente y futuro estuviesen ocurriendo al mismo tiempo. Destaca esa función salvífica que tiene, tanto simbólica como realmente, todo nuevo nacimiento de una nueva persona, que nos hace comprender, celebrar la existencia frente al paso del tiempo, siendo conscientes de cómo se adensa y complejiza la vida con cada año que pasa.



*

Agüero no cedió a las costumbres o modas, pero leyó y se dejó influir tanto por clásicos como por contemporáneos. Escribió con formas cerradas como el romance, los dísticos, los sonetos, la égloga, y también con un verso libre profundamente musical. Cubrió todos los tópicos: la naturaleza, las plantas, los amores, la muerte, las leyendas rurales, la épica, el paso del tiempo, la política, la religión, la mística.

*

Hablando de mística, la suya es la de un cristianismo arraigado en la tierra. Se advierte una cierta raíz panteísta (o «panenteísta», en todo caso), al menos metafórica, que no deja de lado al individuo. En la “Cantata del bosque natal”, un hombre camina por el bosque. Es un cazador, en busca de animales que capturar. Se jacta de su fuerza, de su hombría. Pero algo le pasa cuando se adentra en la espesura: el paisaje lo seduce, quizás eróticamente en un sentido amplio. No le queda más que echarse a la sombra, y entonces le ocurre una metamorfosis digna de Ovidio:

Poco a poco la tierra me domina



y en su regazo la conciencia pierdo:
soy vegetal, un vegetal yacente,
sí vegetal, un vegetal naciendo
raíces los pies, el torso tallo,
ramas los brazos y también los dedos,
flores los ojos y los labios frutos
y el follaje la piel donde presiento
la alquimia del Sol que me transforma
en clorofila de verdor intenso...

Más allá de la fluidez verbal y el ritmo impactante en que ocurre la metamorfosis, no hay aquí una pérdida de individualidad en esa conexión con el bosque. El bosque (bosque «natal», dicho sea de paso: el bosque donde se ha nacido) se asemeja más a un estado de conexión sagrada, a una especie de templo. El poema concluye con un «dejadme ser árbol», que recuerda al «qué bien estamos aquí» de los apóstoles ante el Cristo Transfigurado.

*

Leer a Agüero es encontrarse con el optimismo de la pulsión de la savia, del sol y de la sangre pese a su caducidad inevitable, con la contemplación del misterio que hay en las cosas mundanas, con el amor a lo propio. Es escuchar que, sin perder nuestra (a veces sobrevalorada) individualidad, nuestro ser está co-constituido por el entorno, no sólo social (familia, amigos) o cultural, sino también por el paisaje. En un sentido análogo, somos el paisaje, o el paisaje es nosotros. El Paisaje nos participa del mismo acto interdependiente del ser. En esa dialéctica plantea Agüero que vivimos, nos movemos y existimos.

NOTA DEL AUTOR: Agradezco los comentarios de Gustavo Romero Borri y recomiendo su libro de ensayos sobre Agüero, *El peso de la luz en la mano*. También se agradece el apoyo del programa San Luis Libro, actualmente a cargo de la edición y comercialización de las obras completas de Agüero. Para ampliar sobre la biografía de Agüero, recomiendo el libro de mi tío abuelo Hugo A. Fourcade, *Vida y pasión poética y prosística de Antonio Esteban Agüero* (Dunken, 2005).



También agradezco a las editoras de *Fin*, Nomi Pendzik y Analía Pinto, por sus lecturas y sugerencias en la redacción de esta nota.



* SANTIAGO MAQUEDA (1986) nació en la provincia de San Luis, Argentina, y reside en la provincia de Buenos Aires. Es abogado y profesor universitario, y cursó estudios de grado y posgrado en Argentina y Estados Unidos. Es miembro del Taller de Corte y Corrección desde 2007. Publicó tres libros y una treintena de artículos académicos en su área de especialidad jurídica. Ha publicado diversos ensayos y poemas en revistas y antologías ([Fin](#), [Periódico de Poesía](#), [Sed Contra](#), [Escrituras Indie](#) y [Crisopeya](#)).

Imágenes:

- Imágenes del poeta Antonio Esteban Agüero tomadas de la web

Artículo publicado en [Fin](#) el 16 de diciembre de 2025



Anuario editado por Nomi Pendzik y Analía Pinto en
diciembre de 2025 con las publicaciones del año del
periódico *Fin*

